

LA PROTESTA

PORTE PAGO

SUPLEMENTO SEMANAL

PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ. : PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

El Biribi francés y el Biribi argentino

Nos referimos a los presidios de la Guayana Francesa y a la ergástula argentina de Ushuaia, dos infamias que marcan a fuego esta descivilización y que en resumen son una sola y única iniquidad.

Estas dos cárceles se parecen bastante, aunque una se halle en la zona tórrida y la otra en las cercanías del polo austral. Pero las maldades, los crímenes son idénticos y propios de los dos establecimientos penales, con la variante que quizás sea más dura y despiadada la vida para los penados argentinos que para los franceses. Ya que éstos gozan de una libertad relativa que les permite comerciar y trabajar en diversos oficios y labores.

Pero ese diario obtuso y obeso que es "La Nación" no está de acuerdo con nosotros.

Comentando la medida del gobierno francés, que suprimió los presidios coloniales, se alborozaba y citaba hechos como éste, donde se cuenta cómo un ex penado pone un negocio para expender alcohol a sus costáneos. Otro ex, de la misma calaña, lo imita: los dos, viendo que se hacían una competencia ruinosa, deciden transar. El más astuto convida al menos astuto a que vaya a su negocio para ultimar el contrato, y en vez de ultimar la transacción estipulada, el primero, con un pico, víctima a su camarada. Después lo mete en un barril de aguardiente. La clientela, al beber el aguardiente, dice que tiene gusto a ron.

Y aquí acaba el cuento.

Ese diario, que representa a la plebe de la cultura universal, a esos tontos echados a perder por los libros, podría contarlos anécdotas igualmente sabrosas y espeluznantes, si se decidiera a investigar lo que acontece en la Siberia argentina.

Pero no solamente no hará eso, sino que al aplaudir la medida del gobierno francés, que según ellos es "altamente humanitaria", no tiene siquiera una palabra de recuerdo para los que agonizan en Ushuaia.

Es que ellos se ocupan de todo lo que sucede a mil leguas de distancia: en la China y en la Cochinchina y el planeta Marte, con tal de no hablar de lo que acontece en su propia casa.

Tienen un criterio para el exterior y otro para los sucesos del interior del país. Para ellos, un crimen cometido en Francia, no lo es si se produce en su país.

Es decir que consideran que era una afrenta para Francia mantener los establecimientos penales de la Guayana, y no lo es para la Argentina insumir dinero de los contribuyentes para que continúe en pie esa gusanera, esa lacra horrorosa que constituye el presidio de Ushuaia.

¿Para qué le sirve a esta gente la cultura, la educación por métodos intensivos, si así mismo siguen siendo los miserables canallitas, los deleznales plumíferos que hacen su carrera con el vientre en el suelo, arrastrándose para conseguir el beneplácito del patrón?

Los congresos científicos y los niños

En Santiago de Chile han comenzado las deliberaciones del IV Congreso del Niño.

¿Sirven para algo estos pomposos congresos de hombres meditativos y graves que van a lucir sus calvas, en flores de vanidad y de una sabiduría oficializada?

Esto mismo es lo que se preguntaba Rafael Barret, con diferentes palabras y en ocasiones similares, a pesar de conular con la ciencia moderna, por cierto no oficial, ni oficializante.

Nosotros en nuestra modesta opinión de ignorar y ayunos de las más elementales verdades y conocimientos científicos, afirmamos que no, que no son necesarios y tal vez inútiles y perjudiciales; siendo cuando menos casi siempre inofensivos en la mayoría de los casos.

Los temas presentados en este certamen comprenden la tuberculosis del lactante; atribuciones y funcionamiento de la organización de Tribunales para Menores, el cinematógrafo escolar y la protección a la infancia.

Las conclusiones a que llegaren estos "hombre de estudio", acerca de estos problemas fundamentales, obligadamente deberán desenvolverse en una esfera de platonismo estéril.

El primer obstáculo para que sean fecundas estas deliberaciones, es que nadie, ninguno de estos hombres estudiosos, se atreverá a remontarse a los orígenes que son causa y venero de estas llagas de la sociedad como es la tuberculosis infantil.

Nadie entre estos sabios a sueldo del Estado tendrá interés en averiguar la causa primera por la cual nuestras ciudades americanas arrojan el mayor porcentaje de tuberculosos. Ellos se atenderán a estudiar el morbo a través de sus respectivas especialidades, y lo demás les importará un comino.

Es que ninguno de entre ellos está capacitado para decir la verdad que horroriza a los que la oyeran.

Y, sin embargo, mientras que esta verdad no sea encendida para que alumbre las conciencias que pretenden remediar ciertos males, los cuales no surgen por ge-

neración espontánea, sino que sus raíces se hunden en el légamo malsano del sistema de vida actual, nada podrá ser realizado en bien de la infancia, ni nada se podrá llevar a cabo que no caiga en el vacío y el dominio de lo utópico.

Primero hay que declarar que el factor principal de la propagación de la peste blanca que se ensafia en todas las edades del hombre, desde su nacimiento a su muerte, es la condición en que esta planta humana se desarrolla.

Y las condiciones que rodean al ente moderno, si todavía se trata de un proletario — que existe en todas las profesiones y en todos los oficios — no pueden ser más precarias e insalubres. Sin aire, sin luz, agobiado por una tarea embrutecedora, roído por los compromisos, que son inherentes a la vida civilizada; explotado por el patrón, esquilado por el casero, succionado por el Estado y nadando en las aguas sucias de las angustias mezquinas, ¿cómo puede esta planta humana crecer con vigor, florecer, procrear sin que sus frutos resulten llenos de podre?

La situación en que se hallan millones y millones de niños en los estercoleros de Europa y de las dos Américas, no será subsanada por la panacea platónica de los congresos de los sabios oficializados y con librea.

Solamente el debelamiento del inicuo mecanismo de la explotación del hombre por el hombre podrá empezar a realizar algo por la santa infancia pisoteada por las pezuñas hendidas de todos los negros y pignoradores de la felicidad humana.

LA LEY GARROTE



Esta trampa inicua que se le infirió al pueblo por los chacales insaciables de la politiquería rastrera, y que para disimular su esencia, se apoda con el eufemismo de "ley de jubilaciones", fué confeccionada para que diese estos resultados: engordar a los gordos y enflaquecer a los flacos. Y los flacos deberán contentarse con el mito de una vejez que se hallará en el hospital o en el cementerio.

Y se desea vehementemente que sobre estos certámenes de calvas reflexivas cayera una bomba, no de dinamita, sino de verdades mefíticas, de las cuales está compuesta y saturada nuestra sociedad moderna de explotados y explotadores, y de verdugos y víctimas, para que estas calvas estallaran por el impulso de un dolor incontentido.

Pedagogía oficial

La peor rémora para el progreso ideológico y espiritual de la humanidad reside en que la infancia está obligada a beber la pedagogía en las fuentes oficiales.

La educación dogmática, magüer los notables adelantos aportados por los pedagogos modernos, sigue subsistiendo en todas partes y bajo todas las envolturas, ya religiosas, patrióticas o meramente tendenciosas.

No siendo el niño una planta meramente destinada a vegetar, todos los conocimientos que lleven el vicio de una deformación cualquiera, contribuirán a mermar su futura personalidad y la independencia espiritual que pueda desprenderse de ella.

Cometen un crimen de lesa infancia todos los que quieren imbuir a los niños por sus preocupaciones de adultos embanderados en cualquier partido. Ya sea éste reaccionario, avanzado o religioso.

Es que la función del maestro es de tal modo delicada, especialmente en los cursos elementales, que pocos son los que pueden desempeñar su árduo cometido con eficacia y provecho.

Solamente aquellos que nacieron con la vocación de enseñar quizás fructifiquen la siembra que hagan; pero éstos son tan escasos, que es más fácil hallar una mosca blanca que un pedagogo que enseñe con amor y toda prescindencia ideológica.

Almafuerte, por ejemplo, pudo ser uno de ellos. Sarmiento, al oírle dictar una clase en un poblado de la Pampa, le pidió que fuera a Buenos Aires; el poeta de las "Evangélicas" gritó entonces en las orejas del sordo, que su labor era más fecunda allí que en la metrópoli.

Pero los Almafuertes son tan raros que sólo aparecen de cuando en cuando y en ninguna época abundan mucho.

Por otra parte, este poeta no es para nosotros el maestro ideal y como lo soñamos, dado que su carácter avasallador forzosamente imprimirá su huella, deformando las mentalidades débiles. Se sabe que Leonardo da Vinci también tuvo discípulos que después fueron mediocridades. En cambio Verrochio, más artesano, más pedagogo, en fin, pudo crear un Leonardo. Pero nos hemos salido un poco del tema, ya que la enseñanza del arte no tiene que ver mucho con las primeras letras.

Es que el problema de la educación primaria se dirige a la generalidad de los hombres para hacerlos aptos a llevar una vida modesta y armoniosa, si esto fuera posible.

Resulta entonces indudablemente absurdo que una maestra que dirige una escuela de Avellaneda lea a sus alumnos una crónica sobre el famoso partido de fútbol realizado entre argentinos y uruguayos, y después les diga, a guisa de comentario, que "los orientales son unos brutos, y que, en cambio, los argentinos son más nobles y más caballeros" y etc. . . .

Por ser tendencioso — según algunos — se fusiló a Ferrer; no sabemos lo que se le podría hacer a esta maestra, cuyas pasiones subalternas sirven de pasto espiritual a la infancia.

Ascendería, ¿no es cierto? Y esto será lo que harán sus superiores.

La humanidad libre y el nacionalismo

Para LA PROTESTA.

I

Nuestro gran fin es la *humanidad libre*. La *libertad*, para existir, tiene necesidad de ser universal, realizada por y para todos — sino, no es más que el privilegio; debe abarcar todas las manifestaciones del pensamiento, de la voluntad y de la acción de cada uno, es decir, y de la inteligencia, la moral, todos los actos deben estar penetrados por ella y desgajados por consiguiente de los prejuicios, de las pasiones, de la ignorancia, de los caprichos o de la indiferencia que determinan hoy por lo general la vida individual de los hombres. La libertad, para vivir, tiene una necesidad de la dicha universal, es decir, de la comodidad, del apaciguamiento, de los buenos procedimientos recíprocos que sólo resultan de una vida económicamente asegurada por el libre trabajo de cada uno ejercido en solidaridad, esto es, apoyado por una solidaridad que neutraliza las diferencias naturales entre los más fuertes y los más débiles. Un tal trabajo libre y solidario, ordenado y asociado de cien maneras diferentes que se encontrarán por la experiencia, tiene por condición esencial el acceso libre a las primeras materias y a los instrumentos de trabajo para todos, lo que implica una humanidad unida, a través de lo que se llama fronteras, naciones, países, continentes, por el mismo espíritu de solidaridad, después de la abolición de las barreras y obstáculos que la apropiación monopolista de las riquezas sociales y el aprisionamiento de los hombres en Estados separados han puesto allí: porque existen entre los Estados los mismos sentimientos que, por ejemplo, entre los almaceneros de un mismo barrio; se detestan mutuamente, no procuran sino degollarse recíprocamente y no establecen una paz ficticia y temporal más que estableciendo una jerarquía que somete los débiles a los fuertes, o por una conspiración común a expensas de otro grupo de Estados o de almaceneros, a expensas del público o de los pueblos en todo caso.

Resultado de eso para mí que, puesto que todas estas condiciones esenciales de la libertad se mantienen, los esfuerzos parciales, unilaterales son necesarios como partes que compondrán el todo y de las cuales ninguna debe faltar, pero que ninguno de esos esfuerzos puede bastar exclusivamente, por sí solo; obraría en el vacío, se encontraría aislado e incapaz de triunfar. Eso no quiere decir que un avance parcial sea infructuoso, bien al contrario, la vida de propaganda no consiste más que en tales impulsos continuos hacia adelante. De ahí los riesgos de la propaganda, los sacrificios que soporta de buena gana, pero también la comprensión clara que el inmenso bloc de obstáculos no puede ser vencido más que por un esfuerzo más general. El ideal de táctica sería la coordinación y el equilibrio de todos los esfuerzos parciales, y si es demasiado difícil, nada impide al menos hacer lo más posible en la dirección de ese ideal. Hay que darse cuenta que el viejo mundo, que queremos reemplazar por la humanidad libre, se mantiene en pie, no solamente por su sistema económico, el *capitalismo*, sino también por su sistema político, las *organizaciones estatistas*, por su *dominación de los cerebros y de los corazones*, por la ignorancia sabiamente impuesta mediante la educación falseada, la religión, la moral convencional, el patriotismo, el culto a la fuerza y a la brutalidad, los odios nacionales, la ambición y la vanidad vulgares, — por todo ese conjunto de *bourrage de cignes*, que funciona con la precisión de los rubinetes de una bomba o de los conmutadores de electricidad para dar a la *mentalidad pública* exactamente la forma que se le quiere imprimir: iglesia y escuela, prensa y literatura, política y cinema, todo ese inmenso aparato para crear la sumisión, la obediencia, la ignorancia fatal es tan perjudicial y peligroso como el *capitalismo* y el *estatismo* directos. *Todo eso está en pie*: de ahí se sigue que nuestros esfuerzos para combatir esa trinidad terrible deben quedar en pie también y que la confianza exclusiva en uno solo de

nuestros medios de antemano progresista y revolucionario, no es *todo* lo que hace falta: hace falta poseer esa confianza, sin duda, pero, por eso, no hay que hacer poco caso o descuidar otros medios.

Nuestro fin, la *humanidad libre*, será difícil de alcanzar aunque nuestros esfuerzos estuviesen ampliados e intensificados lo más posible, porque en suma ¿quién constituirá la humanidad nueva sino la humanidad presente y sus descendientes? No nos encontramos en la posición de los demoleedores que arrojan al desperdicio los viejos materiales y de los constructores que tienen piedras, madera, hierro nuevos para construir un alojamiento espacioso y salubre en el lugar de una guarida ruinoso. Es preciso tener presente que en nuestro caso serán los mismos hombres que componían ayer la sociedad *antigua* los que, alguna mañana feliz, constituirán la sociedad *nueva*. Sería ingenuo figurarse que se harán libertarios por la propaganda más extensa la víspera de la revolución, y tan ingenuo figurarse que lo sean al día siguiente por algún golpe de varita mágica milagroso de una de las buenas hadas que hemos creado, el Hada Esportaneidad o cualquiera otra. Sabemos también que, si somos hoy más que nunca los únicos verdaderos revolucionarios, otros factores, retrógrados, autoritarios, por tanto fatalmente asociados a la mentalidad convencional y en consecuencia numerosos, combaten igualmente, no el estatismo y el sometimiento intelectual y moral, es verdad, sino el sistema capitalista, — en nombre de un estatismo nuevo dirigido por ellos mismos, — por esto y por la exasperación creciente provocada por el capitalismo, cada vez más cínico, — pueden ser dirigidos poderosos asaltos colectivos contra el capitalismo y hacerse dueños de él al menos en el grado que se vió en Rusia en 1917. Se ha visto allí el desastre producido por una caída (relativa) del capitalismo que no fué realizada por una población igualmente determinada a abatir el estatismo y a crear relaciones entre los hombres basadas en la libertad. La consecuencia de esa revolución *unilateral*, exclusivamente económica, fué la reconstitución del estatismo y el triunfo supremo del principio de la autoridad, su ahondamiento, su consagración permanente en la mentalidad popular, con la misión del aceite, para difundir la idea funesta de la dictadura en todos los países, para fascinar por todas partes los espíritus aventurados, pero incultos, vacíos, prehistóricos, por decirlo así, en materia de libertad. Podemos aun observar que la revolución *económica* es la más fácil, un fruto maduro casi en todas partes, pero que la revolución *antiestatista* y la de la *libertad personal*, de la verdadera *emancipación mental* (intelectual, moral, etc.) es la más difícil y está lejos de ser un fruto maduro próximo a caer al soplo de una brisa. De ahí que las revoluciones corran el riesgo de ser desviadas de su inspiración primitiva, que es siempre el gran deseo de libertad y de dicha comunes y generales; para ser acorraladas por el estatismo y agarrotadas en la argolla del autoritarismo. Habrá también las llamadas revoluciones pacíficas, esos enlazamientos suaves del capitalismo y del obrerismo de los cuales sale, sea un capitalismo que no tiene ya nada que temer, sea un estatismo obrerista que pone al obrero a las órdenes del Estado en lugar de ponerlo a las órdenes del patrón. En una palabra, *en tanto que exista la mentalidad presente*, las colisiones más violentas, que pueden producir un debilitamiento o la caída del capitalismo, no harán más que mantener a los productores tanto más tiempo bajo el yugo del Estado, llámese comunista, obrerista o popular.

Los anarquistas, por su solidaridad absoluta con los explotados y por su propia posición *personal*, para la mayoría de ellos, en las filas de los obreros, se apoyan ante todo en la palanca económica y, como su fuerza es limitada, no se apoyan bastante fuertemente sobre otras palancas, el *antiestatismo* y la *mentalidad libertaria*. Hacen eso, lo sé bien, por todas sus afirmaciones tan numerosas de propaganda y de crítica, pero sin embar-

go esa parte parece la menos perfecta y efectiva de su obra. Es preciso purificar, barrer esos rincones más cuidadosamente aún, porque es allí donde reside la verdadera fuerza del viejo sistema, que sabe bien que, aun quebrantado *económicamente*, tiene siempre una probabilidad de reconstruirse a través del *estatismo*, siempre que la *mentalidad libertaria* falte a los hombres, como falta hoy tan ampliamente.

La llamada concepción materialista de la historia, formulada de una manera simplista por Marx y aplicada de una manera aún más simplista por sus sectarios ciegos, pero que otros antes y paralelamente han aceptado insintivamente, es ante todo el producto de esa mentalidad unilateral, creada por la prosperidad súbita del maquinismo, por la expansión y la intensificación enormes del capitalismo desde la segunda mitad del siglo XVIII. Entonces el capitalismo triunfante, en posesión de las máquinas que crearon de un solo golpe la superioridad de algunos países sobre el resto del globo, pasó por encima de las fronteras, de las naciones, de las creencias, por encima de todo el mundo antiguo y su mentalidad antigua y de ahí surgió la idea de que, con tanta facilidad, un poder económico en manos de los explotados, por consiguiente el socialismo, pasaría por encima de todo el farrago de los prejuicios y de los obstáculos que el viejo mundo había acumulado durante millares de años de brutalidad, de ignorancia y de falta de libertad. De eso se concluyó en un internacionalismo, en una fraternidad internacional, en un libre pensamiento, en una moral generosa de reciprocidad, etc. que se crearían por decirlo así automáticamente por la caída del régimen capitalista y la inauguración de una sociedad sin aprovechadores ni parásitos.

Desgraciadamente las cosas no se pasan así. El capitalismo ha podido triunfar por su fuerza brutal, pero no ha podido cambiar siquiera la mentalidad de los hombres en el sentido estrictamente capitalista; ha dejado intactos los sentimientos nacionales, religiosos y otros, sirviéndose de ellos en caso de necesidad para sus propios fines, pero, a pesar de algunos esfuerzos siempre en disminución del liberalismo y del radicalismo burgués, dejó la humanidad presa de una mentalidad a menudo verdaderamente antediluviana. El socialismo vulgar, desde que aspiró a atraer las masas de los electores y de los organizados, hace exactamente lo mismo: hace aquí y allí por forma un poco de profesión de librepensamiento y de moral progresiva, unidas a las declamaciones estereotipadas de internacionalismo, pero se guarda más y más de tocar la mentalidad del pueblo: se contenta con apoderarse, por el socialismo de Estado, de la dominación de ese vasto rebaño que no tiene que reflexionar, ni razonar, ni pestañear en el socialismo y en el comunismo como no tiene el derecho y el medio de hacerlo en el capitalismo. Los socialistas esperan tarde o temprano posesionarse del timón económico-estatista y entonces el pueblo trabajará para el mayor bien de una jerarquía y burocracia socialista o comunista, como hoy trabaja para la de los parásitos monopolistas y sus sostenes estatistas, militaristas, clericales, jurídicos, políticos y otros.

Nos incumbe, pues, una labor más y más grande, porque el socialismo, el trabajo organizado se retiran más y más de todo esfuerzo, no sólo para minar el Estado lo que no se le puede exigir, puesto que profesan abiertamente el estatismo y no destruirán nunca un aparato de gobierno que debe servir para sus propios fines, — sino también de todo esfuerzo para cambiar la mentalidad retardada, autoritaria, obscurantista y llena de prejuicios y de errores de las masas de víctimas de la opresión y de la explotación seculares. El verdadero frente único me parece, pues, ser esta gran línea de combate: *revolución económica, destrucción del estatismo — creación de la mentalidad libertaria* — todo eso por la *propaganda, la experimentación y la acción individual y colectiva*; entonces solamente, de acuerdo al viejo precepto, *mens sana in corpore sano*, — la revolución podrá crear algo nuevo, verdaderamente libertario, que se implantaría sólidamente desde el principio, no por el medio archiviejo de todos los tiranos, la dictadura, sino por la voluntad reflexiva y el buen sentido instintivo y no extraviado de un gran número de hombres que, por eso, darán a

las masas más retardadas un ejemplo saludable y se harán respetar también de los sectarios fanatizados de las concepciones socialistas autoritarias que no tendrán en ese caso una corriente popular con ellos y no podrán hacer todo el mal de que son capaces hoy.

Pero para llegar a eso es preciso aun emanciparnos nosotros mismos de concepciones erróneas o inexactas o demasiado superficiales difundidas entre nosotros y que nos asocian amenudo, sin que queramos, al sistema presente. Hay ahí un vasto terreno de crítica a hacer y si la crítica de lo viejo debe ser aplastada — pues todos los horrores de la sociedad actual están ahí para demostrar que de todo ese sistema no hay una parte, concebida en su espíritu, que no sea falsa, viciosa y perjudicial, — las afirmaciones o más bien las hipótesis sobre lo que será puesto en lugar de lo viejo, no pueden ser sino vacilantes y muy relativas, pues que no sabemos en qué condiciones, en qué escala, en qué tiempo se establecerá el nuevo sistema y lo que la experiencia de aquí a ese tiempo y la experiencia directa del período de destrucción y de reconstrucción enseñará a los que harán ese gran cambio tarde o temprano.

Yo creo que se han discutido a menudo los problemas de moral bajo ese punto de vista y lo mismo que estamos todos de acuerdo sobre el libre pensamiento, la verdadera emancipación del espíritu de las trabas de la religión, no por un anticlericalismo superficial, sino por los conocimientos sólidos de los resultados de la ciencia, que no descubre en ninguna parte del universo la más ligera señal de las pretendidas "divinidades" de las centenas o millares de religiones que existen aún y que, en sus ramas históricas y etnológicas, ha descubierto desde hace mucho tiempo el origen debido a la ignorancia más primitiva de los salvajes de todas las religiones, a partir del fetichismo y de sus continuaciones "sabias" por sacerdotes y filósofos, — gentes de la misma materia, hasta las centenas de sectas del cristianismo y las utopías no menos ficticias y arbitrarias de los más célebres filósofos.

Pero hay otros asuntos no menos importantes, sobre todo en nuestra época, que están mucho menos esclarecidos hasta entre los camaradas de los diferentes países y continentes, — son las cuestiones de *historia, de lenguas, de nacionalidades* a las cuales se apega la ideología de los grandes y pequeños Estados, federaciones, secesiones, de la autodeterminación de los pueblos, etc. Hay también una cuestión económica muy poco estudiada y que es inseparable de este orden de ideas: es la de las *riquezas sociales localizadas* por la naturaleza y de su accesibilidad general para la humanidad que se convierte más y más en una necesidad para una humanidad *libre e igual* tal como la que nosotros deseamos.

Quisiera discutir aquí estos problemas, lo que es muy difícil, puesto que ya por el primero de ellos, la *historia*, estamos muy divididos, porque — con muy pocas excepciones — somos todos educados en un país separado y autónomo, lo que tiene por consecuencia, *primero*, que estemos informados casi exclusivamente sobre *ese solo país*, y *segundo*, que todo lo que hemos aprendido de los demás países es más o menos falseado en el interés de nuestro propio país.

Apenas, si tratamos de ampliar nuestros conocimientos al estudiar las fuentes originales de la historia, etc., pasamos de dos o tres países, puesto que no encontraremos más que manuales, libros muy eruditos impregnados de la leyenda patriótica de sus países respectivos. 2 más 2 hace 4 para nuestra patria solamente — hacen siempre 3 o 5 para el país vecino que, regla absoluta, es por eso mismo el país enemigo y que en consecuencia está siempre en el error y donde 2 más 2 no podrán ser más que 3 o 5, sino 6 ú 8. — Es increíble hasta qué grado son sistemáticamente engañados los hombres de cada país sobre la historia y es muy difícil remediar eso, puesto que aún el agnosticismo absoluto, la negativa a creer en no importa qué, no reemplaza los prejuicios imbuidos desde la infancia por conocimientos sólidos. Es incontestable también que muy a menudo hay una parte de verdad en afirmaciones contradictorias, pues es tan difícil estar por completo en el error como tener completamente razón. Y nosotros no escapamos sino raramente a la inclinación natural a creer lo que queremos creer, a encontrar fa-

climemente argumentos que confirman nuestras ideas preconcebidas y a cerrar los ojos ante los hechos que contradicen nuestras impresiones queridas.

Es muy difícil también convencernos mutuamente en este terreno, porque nuestras ideas se forman en el curso de nuestra vida de cada día por una cantidad innumerable de impresiones distintas o apenas percibidas, diferentes hasta para los vecinos, con más razón diferentes para los hombres de diversos países, lenguas, continentes. De eso se deriva para mí un resultado que será también el de toda esta investigación, — que es imposible llegar a soluciones definitivas y equitativas sobre este terreno, y que solo la base más amplia, aquella en que todos los matices desaparecen, — como los colores más matizados se pierden en el océano por decirlo así completamente, — que el cuadro de la humanidad libre entera es el único medio de inmunizar, de neutralizar esas innumerables cuestiones insolubles.

Para penetrarse bien de estas ideas, vale quizá la pena entrar en la cuestión de las lenguas y de las nacionalidades. cuestión que no basta para desterrar la sola palabra de internacionalismo y que se acomoda para muchas gentes con un internacionalismo anodino que cuesta poco profesar. Los anarquistas se sienten también atraídos hacia esas concepciones por lo que ven en ellas de verdadera o de aparente autonomía, descentralización, autodeterminación, etc., y se asocian así, sin quererlo y sin pensarlo con frecuencia, a fenómenos históricos que, a pesar de las apariencias, están en el otro polo de las ideas libertarias. Con el fin de explicar bien mis opiniones, voy a entrar en la historia de las lenguas y de las nacionalidades, remontando a los tiempos más remotos: son, por desgracia, especulaciones sin actualidad, puesto que, en Europa al menos, esas cuestiones han contribuido en la medida más amplia a producir la ruina presente, la guerra y la postguerra, y todo eso obra entre nosotros aún y ha creado situaciones y mentalidades que han relegado el socialismo mismo a un plano de orden secundario. En tanto que esa mentalidad no haya cambiado, no hay ninguna esperanza tampoco para nosotros y sirve de poco elevarnos a las regiones dichosas de nuestras ideas sobre el porvenir si esa mentalidad tal persiste en mantener el globo bajo su férula.

N E M O.

(Continuará)

LA LEY

Desde el día que los hombres cometieron la estupidez de darse leyes, comenzó en las sociedades humanas el desorden. Hecha la ley, hecho el embrollo. Es típico que no hay engaño sin ley. El código no es más que el manual de la delincuencia. De ahí que los bandidos del autoritarismo no puedan vivir sin la ley: por eso, en cuanto la impunidad les es favorable, a lo primero que atinan es a convertirla en ley. En la actualidad tenemos ejemplos a granel que confirman lo que decimos. La ley o las leyes sirven para todo, menos para asegurar y establecer el orden, la paz, la justicia y la libertad. Si la vida social de los pueblos y de las individuos dependiera o no tuviera más principio que el de la ley, haría ya tiempo que habrían dejado de existir. No hay nada que deprima, inhiba e incapacite tanto a los hombres como la ley. Con la ley pasa lo que con la mentira: para sostener una mentira hay que recurrir a otra; las leyes se suceden las unas a las otras por el mismo motivo.

La ley no es más que la síntesis del desorden. Cuantas más leyes se dan los hombres, más se alejan de la justicia y de la equidad. La historia y los hechos demuestran que las leyes impiden que los hombres puedan entenderse. Las leyes no sirven más que para regular el fraude y sistematizar e institucionalizar la injusticia.

Toda ley, por buena que se la suponga, es la expresión de un delito. La delincuencia comienza con la ley. Porque convertir en ley lo que se cree bueno y justo, es demoralizarlo. El progreso y la civilización humana se operan, no en virtud de tales o cuales disposiciones legislativas, sino a pesar y por encima de ellas. Toda ley es una burla a la razón.

Nueva proposición para la supresión de la era cristiana

Algunas almas sencillas se imaginan que el proyecto de ley de separación de la iglesia y del Estado contiene la solución de los problemas del porvenir, relativos a la verdadera emancipación del espíritu humano.

No es así. Esos señores de la Cámara y esos señores del Senado pueden discutir durante sesiones enteras y votar en pro o en contra millares de enmiendas, la situación no por eso dejará de ser la misma; porque el Estado y la iglesia no tienen más que una sola ambición, y se puede decir que se confunden esencialmente por sus principios. Uno y otro quieren conquistar la autoridad absoluta.

La iglesia la conocemos por los Gregorio VII, por los Inocencio III, por los concilios de Trento y las inquisiciones de todas formas, católicas y protestantes; no le basta poseer las almas, es preciso que tenga también los cuerpos; no se contenta con creencias, quiere también riquezas.

En cuanto al Estado, quiere sin duda hacer de los súbditos otros tantos esclavos, quiere retenerlos por el impuesto, por las leyes, por la reglamentación íntima y minuciosa; pero tiene igualmente la pretensión de dictar la moral y de reinar sobre las conciencias. Los catolicismos se equivalen, adornados con la cruz o la bandera.

A nosotros, pues, rebeldes, nos compete la tarea de arruinar a la vez la autoridad concebida por las gentes de la iglesia y por las del Estado; es preciso libertarnos. Libres de toda creencia en el milagro; emancipados de todo razonamiento que asocie nuestras ideas a la concepción de un amo absoluto, y nuestros actos a la práctica de la obediencia tradicional; es preciso entrar verdaderamente en una sociedad nueva, en que toda fuerza viva sea debida a las individualidades pensantes y activas, y a su agrupación autónoma en centros de energía nacientes.

Somos nosotros mismos los que debemos separarnos del Estado y de la iglesia, no dando a las instituciones del pasado más que un valor histórico.

Para esta cuestión de la iglesia tanto como para la del Estado, la política corriente no tiene para nosotros más que un interés puramente exterior; es en nosotros donde se opera la verdadera evolución. ¿Hasta qué punto hemos podido desembarazarnos de toda superstición religiosa y principalmente de las supersticiones cristianas? Así, la lengua encierra una multitud de expresiones que provienen de una creencia primitiva en el milagro; ¿haremos un esfuerzo para desembarazarnos de ellas y para reemplazarlas por formas verbales y por frases que tengan un valor real en su acuerdo con la razón? ¿Cuántas veces chocamos en nuestra conversación con las palabras: "creación del hombre", "palabra del evangelio", "bella moral cristiana", y cuántas veces sobre todo somos llevados por la división del tiempo — semanas, fiestas, meses, años, siglos, era general — a las absurdas concepciones cristianas! ¿Qué cosa más desprovista de buen sentido que la seriación de los acontecimientos en dos categorías contrarias, la de los hechos sucedidos antes del nacimiento de Cristo, suponiendo que éste haya vivido alguna vez, y la clasificación de los hechos que han ocurrido posteriormente a ese nacimiento? De acuerdo a ese método absurdo, todos los puntos de la historia son clasificados, pues, conforme a una fecha puramente hipotética, y siguiendo dos gamas contradictorias: una que desciende hasta el cero, la otra que sube desde ese mismo cero hasta nuestros días. Un doble sistema de numeración, que funciona en sentido inverso, perturba fuertemente la inteligencia y produce un caos nemotécnico que llega en la mayoría de los espíritus a una ignorancia final: no se aspira ya a conocer una clasificación que de antemano se sabe destinada a un pronto olvido. ¡Y pensar que hay ahora en los bancos de la escuela cien millones de niños constreñidos a desenmarañar ese farrago de la doble cronología, que divide el reino de Augusto, por ejemplo, en dos partes, del año 29 al año cero y del año cero al año 14. Es

preciso sumar toda una serie de más (-) con una serie de menos (-)!

Entre las eras que han sido sucesivamente adoptadas por los pueblos, no hay ciertamente ninguna que sea a la vez tan ridícula y tan contraria a un estudio serio de la historia.

Se comprende al menos la era de los judíos que parten bravamente de lo que ellos creían el comienzo del mundo, de acuerdo a sus libros santos. Es verdad que, siguiendo diferentes copistas, cuya nomenclatura no era la misma, daban a esa creación de la tierra fechas que diferían en un millar de años aproximadamente, pero el principio quedaba a salvo. La mayor parte de los otros pueblos contaban naturalmente las edades a partir del período en que comenzaban sus propios anales. Los caldeos y los egipcios partían de la fundación de Babilonia o de la de Menfis; los griegos tenían la serie de los juegos nacionales, celebrados en Olimpia; y los romanos medían su existencia por la de la ciudad que se llama aun en nuestros días la "ciudad eterna".

Evidentemente, hay que volver a un método que esté de acuerdo con la razón. No basta enmascarar el origen eclesiástico de la cronología de las escuelas, dándole el nombre de "era común" o de "era vulgar" en lugar de llamarla "era de Nuestro señor". Se ha buscado ardientemente en los tiempos más antiguos, recordados aún por el hombre, un hecho inicial que abarque toda la posteridad de los acontecimientos que constituyen nuestra historia. Pero siempre, es preciso decirlo, la obscuridad de los documentos de que disponen los historiadores no les permite entenderse sobre la fecha precisa de los sucesos relativamente poco lejanos de nosotros, tales como aquellos que precedieron las guerras médicas y los conflictos de Roma y Cartago; con más razón se está en la duda cuando se trata de hechos que han tenido ciertamente lugar y que la tradición coloca más o menos vagamente en las edades anteriores al florecimiento de su cultura en Egipto y en Mesopotamia. Para esos hechos, las valuaciones varían en centenares y aún en millares de años. Toda era que parte de uno de esos hechos de fecha incierta, daría lugar a incansantes discusiones, y de antemano debe ser recusada como de un carácter hipotético.

No es, pues, en la coyuntura de los acontecimientos terrestres, sino en la de los movimientos celestes donde hay que buscar una era inicial a partir de la cual se puede clasificar todos los acontecimientos de la historia humana con sus fechas, las primeras más o menos conjurales, las segundas ya más aproximativas y las otras constatadas y controladas por la comparación de los anales.

Aquí no tenemos más que seguir los estudios de los sabios que descifraron las escrituras cuneiformes. Conviene, desde ahora, adoptar la era científica a partir de la cual la historia clasificará simplemente la serie de los hechos, sin que la memoria de los alumnos sea oscurecida en honor de Cristo por dos cronologías que giran en sentido inverso una de otra. Así, partiendo del primer eclipse reconocido, la construcción del Partenon dataría del año 11,004; el descubrimiento de América por los normandos respondería al año 12, 542, y actualmente estaríamos en 13,447. Por otra parte, no hace falta decir que como el estudio debe ser en lo sucesivo serio en nuestras escuelas, la cronología sinóptica no tendrá su empleo más que para fijar de una manera general la sucesión de todos los acontecimientos del mundo, pero que cada historia de pueblo, habiendo tenido su evolución particular en el tiempo y en el espacio, deberá ser estudiada en el período de su vida especial, en el transcurso de la duración de los siglos que le pertenecen. Cada país, China, India, Grecia, Roma, Francia, Inglaterra, nos aparecerá en su tiempo en la sucesión general del ciclo humano.

No ignoro que una proposición tal como la que sometó a nuestros amigos, no puede tener valor más que a condición de responder a un voto popular; si el deseo del saber y de la simplificación

del estudio penetra profundamente la masa de las naciones llamadas civilizadas, no cabe duda que esa cuestión será recogida, discutida, resuelta y que dará lugar a una verdadera revolución intelectual; porque la supresión de un absurdo en beneficio de lo verdadero merece bien ese nombre.

En el siglo XVI un erudito, José Scaligero, había resuelto la cuestión de una manera análoga, pero no se vió en su trabajo más que un juego de ingenio; después, en 1892, el excelente Gabriel de Mortillet, el geólogo anticristiano, propuso una reforma cronológica poco diferente, pero se dirigió a los sabios, que se limitaron a sonreír de su celo iconoclasta.

No es preciso decir que nosotros no tendremos la simpleza de presentar nuestro voto, en forma de requerimiento, a alguna sabia academia; sabemos demasiado bien por adelantado que acogida le estaría reservada. Las academias son hechas para conservar piadosamente las cosas pasadas; para honrar los vejeteros y mantenerlos en su oír a antigüedad. Son las academias las que defienden el viejo lenguaje del gran siglo, contra todas las invasiones del lenguaje moderno; es a pesar de ellas que se han creado todas las palabras nuevas, todos los géneros literarios que responden a las adquisiciones y a las transformaciones del pensamiento, a las pasiones de la vida. No hablo aquí por tanto más que a mis compañeros de revuelta, que, por su acción directa, no sólo desean constituir una sociedad nueva, sino que quieren darle también toda una decoración artística correspondiente y un cuadro científico desembarazado de todas las formas pasadas de moda de las religiones antiguas. Ha llegado ya el tiempo de las escuelas revolucionarias y de la ciencia emancipada, y nosotros tenemos confianza en los jóvenes, decididos a cortar por fin el cable que nos une a la religión de la servidumbre y del milagro.

Eliseo RECLUS

(De Les Temps Nouveaux, Mayo 1905).

Su majestad "el batón"

Que los leguleyos de todos los colores políticos y los chupacarrías de la burguesía (como calificó Bonafoux a los cortesanos del periodismo burgués), cuando la bestia uniformada comete el error de dar una dentellada a algún comerciante "honesto" o algún "Julú" patotero, que esos señores griten y pidan, por el buen nombre de la institución policíaca, más cultura y más decencia en los encargados de velar por el orden y la seguridad personal. Nosotros no vamos a pedir peras al olmo. Ni tampoco vamos a suponer pueda un sabueso poseer los atributos morales de cualquier hombre medianamente culto. Eso sería una ofensa para la civilización y una afrenta para la dignidad humana. La función autoritaria que desempeñan esos brutos, los conduce a tal grado de relajamiento y de perversión y los convierte en un peligro inmanente para la vida y los intereses que están encargados de velar y asegurar...

Hay ironías que revientan. Y esta es una de ellas. El ladrón siquiera expone su vida y su libertad. El policía, en cambio, cobra por adelantado y nos asesina y nos roba y nos priva de la libertad cuando le viene en gana. Es nuestro amo; en el caso de su revólver está el orden social y la seguridad de nuestra vida; un movimiento del índice, y estamos del otro lado... ¡Y pensar que los mismos que creen en la utilidad y en la necesidad de la policía cierran y atrancan las puertas para dormir!

A N D A



Las artes Plásticas en el Extranjero **Kisling. - Credo estético del artista**

Kisling acaba de exponer sus lienzos "Chez Berheim".

Esto después de un retraimiento de cuatro años, y con la vecindad siempre peligrosa de Picasso.

Con motivo de esta exposición, una revista de arte, publica un compendio de las ideas estéticas del artista, que en cierto modo, denuncian la orientación que el artista se ha propuesto seguir. Habla Kisling o, con otro nombre, Fels:

"Estoy firmemente persuadido que si se puede modificar y cambiar el carácter, el temperamento no cambia nunca.



KISLING — Autorretrato.

"Las aptitudes y los dones que me fueron acordados desde la edad de los quince años, han quedado lo mismo y sin variación alguna; lo que yo pude adquirir, fué la facultad de la observación, que ahora me permite remontarme hacia la causa primera y el por qué íntimo de las cosas.

"Yo, por cierto, no pinto retratos psicológicos, pero ensayo, mediante el ambiente, por el aspecto y la general arquitectura del cuerpo, por la vida intensa de la mirada, o de las manos, situar mis personajes en su existencia cotidiana. Por ejemplo: yo pretendo llegar algún día a sugerir ante un desnudo, la idea, o dar la sensación del cuerpo de una cortesana, de un modelo o de una mujer de mundo.

"La pintura que realizan mis contemporáneos no me sirve para mí, si no es para demostrarme que el artista no existe más que por su creación individual. No teniendo entre ellos, otras cosas que relaciones superficiales y exteriores, yo me proponía producir obras estrictamente personales, de las cuales yo era plenamente responsable. Cuando era todavía

noéfito en el oficio de pintor, la pintura de Derain, me atraía.

"Si embargo, artistas como él, Picasso, Matisse y otros, pronto me develaron el secreto que no podría construir "mi obra", sin abandonarme a la libre expresión de mi temperamento. El cubismo jamás me influyó, aunque me dejaba entrever las adquisiciones pictóricas que podría conseguir.

"Y yo creo, después de todo, que la teoría cubista no ha podido substituir el impresionismo del color, más que por algo muy equivalente en la forma, no llegando apenas a una fantasía más o menos ingeniosa de la composición decorativa.

"Confeccionado por pintores de genio, podría culminar en la decoración pura. Picasso y Braque, que anhelaron que sus concepciones sirvieran para librar la pintura de la ornamentación excesiva, ven ahora que sus ideas son explotadas por decoradores comunes.

"La demostración más evidente de que la pintura es humana y emocional, y el cubismo es un arte deshumanizado, lo revela la necesidad que Picasso siente de evadirse de la teoría aplicada, para realizar esos magníficos retratos y desnudos, que en estos mismos momentos expone, y que de la misma manera, lo hubiese llegado a componer, aun sin la experiencia cubista.

"El retorno al clasicismo es otra trampa, causada por el pavor de algunos tienen al error y a la equivocación.

"Jóvenes pintores, por disimular sus pocos deseos de estudiar seriamente, y su escasez de fantasía, hacen pintura para la pequeña burguesía, ávida de colocar su dinero con el menor riesgo posible.

"Pero esa juventud nunca debería intervenir en las luchas incruentas del arte, ni mezclarse con la existencia de los artistas. Matisse cuando buscaba su camino, jamás creyó que se moriría de hambre por la falta de un marchand, ni por carecer de compradores para sus ensayos.

"Cuando yo visito los Museos, ningún maestro me "inspira", en el sentido lato de la palabra, ni alguno me impone su influencia, pero, eso sí, provocan en mí una embriaguez, una especie de actitud singular y también una voluntad heroica de tener un ideal en mi vida.

"Un niño pobre y desgraciado, me entristece; entonces, lo pinto, movido por esta sensación.

"Una bella muchacha me llena de alegría, del deseo del amor, de ser feliz; entonces, yo quisiera que el pedazo de tela que la cubre, el fondo donde ella peca, sea la fiel expresión de mi alegría, de mis deseos de vivir y amar... Es que

la vida que nos rodea, corresponde y tiene correlación con nuestra personalidad.

"Si algunas voces de aliento llegaron hasta mí, no fué precisamente de los museos, ni de las obras pictóricas, pero sí de las obras poéticas...

"Hallándome todavía en la pobreza, yo adquirí, ávidamente, los libros de Apollinaire y de Samain, — que son para mí, los dos más grandes poetas de Francia".

FELS

La estadística

¿Sabes qué es la estadística? Una cosa con que se hace la cuenta general de los que nacen, van al hospital, a la curia, a la cárcel o a la fosa.

Mas, para mí la parte más curiosa es la que da el promedio individual en que todo se parte por igual hasta en la población menesterosa.

Por ejemplo: resulta, sin engaño, que según la estadística del año, te toca un pollo y medio cada mes.

Y aunque el pollo en tu mesa se halla ausente.

entras en la estadística, igualmente, porque hay alguno que se come tres.

LA FAMA

Decía un Cicerón: —A duras penas, esta mañana me conté las patas, y resulta que a gatas llegan a tres docenas.

No se me ocurre, pues, por qué diablos el hombre me llama con un nombre que no ajusta al número de pies.

—¡Calla, infeliz! — le dijo, ante esa

cuenta, un Paster que escuchaba sus congojas.

Yo también llevo el nombre de Mil Hojas, y no tengo ni ochenta.

Pero eso me lo guardo para mí y no ando haciendo cálculos absurdos, cuando el mundo está lleno de patudos que han llegado a ser célebres así.

TRILUSSA.

El mal hombre

Yo soy aquel de quien las mujeres dicen a sus maridos, con sobresaltos de miedo: Mírale!... es el mal hombre.

Yo soy aquel de quien las madres dicen a sus hijos: Si no eres juicioso el hombre malo te llevará.

Yo soy aquel de quien los clientes de los grandes restaurantes dicen al gerente: Arroje Vá. ese mal hombre que nos está mirando.

Yo soy a quien los porteros de las grandes casas designan a la policía: aquel que se divierte con el terror que inspira en torno suyo; aquel que se consuela de no comer, turbando las comidas y las digestiones de los que comen!

Soy el remordimiento. fijo en el fondo temeroso de la inquietud. Cuando se me ha visto una vez ya no se me ovida jamás!

Voy rondando por la noche como un inquieto fantasma!

Soy el mal huésped que se instala y no se marcha ya; en la noche mi sombra obstinada se agiganta a la luz de las antorchas!

Siempre ando afuera.

Durante el rudo invierno recorro los lugares apacibles donde mora retirada la burguesía perezosa y voy hasta los arrabales cuyas calles quedan desiertas apenas entra la noche!

Me dejo ver cuando las luces comienzan a extinguirse, y cuando, reunida la familia en torno de la mesa, la rebosante soperita suelta bajo las luces sus perfumados y humeantes vapores; entonces mi sombra se desliza a través de las cristales y meastro con un rictus siniestro y temeroso mis formidables dientes blancos. Los niños espantados, se arrojan en brazos de sus madres buscando un refugio a su pavor; los trozos se detienen antes de llegar a las bocas; los manjares se enfrían y se congelan las salsas. Y cuando el más resuelto de los comensales se pone de pie para interpellarme, yo estoy lejos ya, y el eco de mi risa amenazadora, ateleando en las sombras, es la única traza que dejo de mi pasar.

Lucien DESCAYES.

Un plebiscito literario

¿Cuáles son las obras literarias más grandes que fueron producidas desde hace veinte años a esta parte? —

Esta encuesta ha sido llevada a cabo por una de las más autorizadas revistas literarias de Norte América.

La lista de los sufragios de los lectores, estableció sus preferencias en esta forma:

- 1.º "Un boceto de la Historia Universal", de H. G. Wells.—
- 2.º "Los cuatro caballeros del Apocalipsis" — Blasco Ibañez.—
- 3.º "Cuando el invierno llega" — A. S. Hutchison.—
- 4.º "La americanización de Eduardo Bok" — Ed. Bok.
- 5.º "La vida de Cristo" — Papini.
- 6.º "La crisis" — Winston Churchill, (autor americano).
- 7.º "Novelas" — O. Henry.
- 8.º "La Virginiana" — Owen Wister.
- 9.º "La vida y las cartas de Walter Page (ex-embajador en Londres).
- 10. "La vida del espíritu" — J. H. Robinson (historiador y filósofo norteamericano).

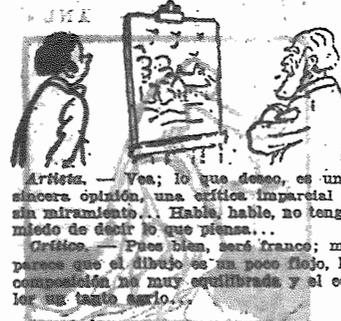
Esta lista intégrase con un español, dos ingleses y un italiano; los otros son todos norteamericanos. Sobre diez libros hay solamente cinco que son del género novelesco, ni un sólo libro poético. — Poe, Walt-Witman y otros, parece que el gran público los ignora. Si en lugar de los libros, se considera los autores que recibieron un mayor número de votos, la lista tiene muy ligeras variaciones: Wells, Ibañez, Hutchison, Churchill, Bok, Papini, Tarkington, Conrad, Galsworthy y Sinclair Lewis. Dos novelistas ingleses reemplazan a dos norteamericanos; y, por supuesto, no hay ni un sud-americano.

Este plebiscito que abarca un conjunto de 1201 autores, contiene varios nombres de escritores franceses: Romain Rolland (200 votos); Maeterlink (252); A. France (78); Ch. Wagner (61); Hamon (50); Pierre de Caulevain (10) y el italiano Ferrero 45.

Yo declaro que la vanidad, la sed de reclamo personal, la sed abrasadora de hacer conocido un nombre, constituye la causa más poderosa de la decadencia del arte. — Henry Van de Velde.

¿Es posible que haya quien desee una crítica sincera sobre sus Obras?

Pero si estotro hubiera sucedido... indudablemente este sería el resultado:



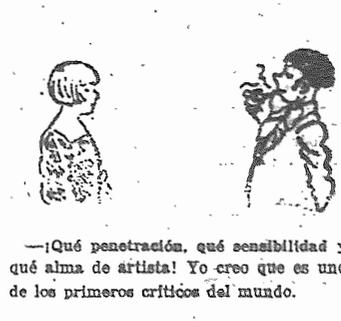
Artista. — ¡Vea; lo que deseo, es una sincera opinión, una crítica imparcial y sin miramiento... Hable, hable, no tenga miedo de decir lo que piensa...
Crítico. — Pues bien, será franco; me parece que el dibujo es un poco flojo, la composición no muy equilibrada y el color un tanto serio.



Artista. — ¿Quién? ¿Ese? Oh, ese es un soplabotellas: ni es crítico ni es nada. Es una bestia; conoce tanto de pintura como yo de hablar en chino. ¡¡¡¡¡



—¡Qué cuadro maravilloso! Es un portento y sólo un artista de genio como usted, pudo crearlo... ¡Qué grises, qué fino de color!



—¡Qué penetración, qué sensibilidad y qué alma de artista! Yo creo que es uno de los primeros críticos del mundo.

Cuatro días

Recuerdo que corríamos a través del bosque; las balas zumbaban, las ramas se rompían; abrimos un pasaje por entre las zarzas. Las descargas se hacían cada vez más continuas. En el lindero del bosque se veía brillar algo rojo acá y allá. "¡Sidorov!" — pensé. ¿Por qué se encuentra ahora en nuestra línea?; de pronto lo vi arrojarse a tierra y con un gesto mudo volver hacia mí sus ojos espantados. Un chorro de sangre salía de su boca. Sí; me acuerdo bien. Recuerdo también como yo, casi en el lindero del bosque, entre los matorrales, lo vi... ¡a él! Era un turco enorme y grueso; corrí hacia él, aun cuando yo era mucho más débil y delgado. Se sintió un ruido; una cosa que me pareció enorme voló hacia mí; los oídos me zumbaban. "¡Quien me ha tirado es él!", pensaba yo. Desapareció, dando un aullido de terror, entre los espesos matorrales.

Hubiera podido dar la vuelta a ese matorral; pero el terror le impidió darse cuenta de nada y retrocedió entre las ramas espinosas. De un golpe hice saltar el fusil de sus manos, y en un segundo sepulté algo de mi bayoneta. Después corrí muy lejos. ¡Los nuestros gritaban "¡hurra!", tiraban, caían. Recuerdo que hice varios disparos cuando salí a la claridad del bosque.

De pronto retumbó un "¡hurra!" lejano y avanzamos. No, nosotros no; pero sí los nuestros, porque yo me quedé. Esto me pareció extraño; pero más extraño aún fué que todo desapareció de mí vista; ya no oía ni gritos, ni tiros. No sentí nada, vi sólo algo azul; era el cielo, probablemente. Después, también esto desapareció.

Nunca me he encontrado en una situación tan rara. Estaba acostado en tierra, no veía nada delante de mí, nada más que un espacio de tierra, algunas ramitas de hierba, una hormiga que descendía por una de ellas con la cabeza hacia abajo, pequeños restos de hierba seca del año anterior. Eso era todo el mundo para mí. No veía más que con un ojo, seguramente el otro lo tenía cerrado por alguna cosa pesada, una rama, sin duda, contra la cual estaba apoyada mi cabeza. Quería moverme; pero no comprendía absolutamente por qué no podía hacerlo. Así pasaba el tiempo. Sentía el canto de los grillos y el zumbido de las abejas. Nada más. Al fin, hice un esfuerzo, saqué mi brazo derecho de debajo del cuerpo, y, apoyándome en los brazos, traté de levantarme. Algo agudo y rápido como un relámpago traspasó mi cuerpo desde las rodillas a la cabeza, y caí nuevamente.

De nuevo las tinieblas, de nuevo la nada. Me desperté. ¿Por qué veía brillar con tal claridad las estrellas, sobre el azul negruzco del cielo búlgaro? ¿Por qué, entonces, bajo una carpa? ¿Por qué he salido? Hago un ligero movimiento, y siento un dolor atroz en las piernas.

Sí; he sido herido en el combate. ¿De gravedad o no? Me toco las piernas doloridas, que están cubiertas de sangre; al tocarlas, aumenta aún más el dolor. Me zumban los oídos, la cabeza me pesa; comprendo vagamente que estoy herido. ¿Qué significa esto? ¿Por qué no me han recogido? ¿Nos habrán derrotado los turcos?

Trato de levantarme y sentarme. Esto ya hace con trabajo cuando se tienen las dos piernas fracturadas. Por fin, con los ojos llenos de lágrimas, causadas por el dolor, lo consigo.

Miro hacia arriba, veo sólo un tirón de cielo azul negruzco, donde brillan una estrella grande y muchas pequeñas; alrededor, algo de sombra, producida por los zarzales. ¡Estoy entre los matorrales!; no me han encontrado! Siento como si tuviera los cabellos erizados hasta la raíz. Pero, ¿por qué me encuentro entre los matorrales, cuando me han herido en un claro del bosque?

Probablemente me he arrastrado, sin darme cuenta. Es extraño que ahora no pueda hacer ningún movimiento y antes me haya podido arrastrar hasta los zarzales. Acaso sea porque entonces no había recibido más que una pequeña herida, y otra bala ha venido después a acabar conmigo.

Manchas pálidas giran a mi alrededor. La estrella grande está pálida; las otras han desaparecido. Es la luna que se levanta. ¿Qué bueno sería poder estar en mi casa en este momento!...

Sonidos extraños llegan hasta mí... Alguien gime. Sí, es un gemido. Alguno otro abandonado, tal vez con las piernas fracturadas o con una bala en el vientre, permanece acostado cerca de mí... No, los gemidos son más cercanos... ¡Dios mío!... ¡Soy yo mismo!

Gemidos dulces, dolorosos. ¿Será posible que esto me cause tanto dolor? Probablemente. No siento este dolor porque tengo niebla en el cerebro, plomo acaso. ¡Más vale acostarse de nuevo y dormirse, dormir, dormir!... ¿Pero me despertará alguna vez? De todos modos esto no tiene importancia...



No; no es nada; me voy a acostar... ¿Será posible? No; los nuestros no se han marchado. Están ahí; han desalojado a los turcos y permanecen en estas posiciones. Porque no se sienten ruidos ni voces, ni estallidos de las descargas. Es por causa de la debilidad que no siento nada. Seguramente están aquí.

—¡Socorro!... ¡Socorro!! Aullidos inhumanos, frenéticos, roncós, se escapan de mi garganta. Ninguna respuesta. Vuelan, resuenan sonoros en el silencio de la noche. Todo está mudo. Sólo los grillos cantan sin interrupción. La cara redonda de la luna me mira con piadosa compasión.

Si fuera un herido se hubiera despertado, con mis gritos. Entonces es un cadáver. ¿Será de los nuestros o un turco? ¡Dios mío! Sin embargo, esto me es indiferente... Y el sueño desciende sobre mis inflamados párpados.

No tengo ganas de abrir los ojos, porque veo la luz del sol a través de mis pupilas cerradas; si los abro me los herirá la luz. Y al fin, más vale no moverse... Ayer—me parece que era ayer—, he sido herido; ha pasado un día y pasará otro y moriré. Esto no es de importancia. Vale más no moverse. Que el cuerpo esté inmóvil. ¿Qué bueno sería si uno pudiera detener el trabajo del cerebro! Pero nada puede detenerlo. Los pensamientos, los recuerdos se amontonan en mi cabeza. Por otra parte, esto no será por mucho tiempo; pronto llegará el fin. Nada más, algunas líneas en los diarios: "Nuestras pérdidas han sido insignificantes; heridos, tantos; muertos, un soldado de infantería, Ivanov". No, no escribirán ni siquiera el nombre; dirán simplemente: "muertos, uno". Un soldado de infantería, como un perro.

Toda una pequeña escama surge de repente en mi imaginación. Hace mucho tiempo de esto; caminaba yo por la calle cuando fui detenido por un grupo de personas. Una muchachita rubicunda miraba silenciosamente algo blanco, ensangrentado, que llevaba plañideros gemidos. Era un lindo portito; un travieso lo había pasado por encima. Se moría silenciosamente, como yo ahora. Un changador cruzó por entre la multitud, agarró al pe-

rrito por el cuello y lo llevó. El genito se dispersó.

¿Alguien me recogerá? No; permaneceré aquí y moriré. ¡Sin embargo, qué hermosa es la vida!... ¡Oh, recuerdos, no me atormentéis! ¡Abandonadme!... La felicidad pasada, las torturas presentes... Si al menos pudieran permanecer sólo las torturas, si los recuerdos no me atormentasen y me obligasen, a pesar mío, a hacer comparaciones. ¡Oh, pesares, pesares, vosotros sois peores que las heridas!

Sin embargo, empieza a hacer calor. El sol quema. Abro los ojos; veo los mismos matorrales el mismo cielo; pero a la luz del día. ¡Oh!... allí está mi vecino. ¡Sí; es un turco; un cadáver! ¡Qué enorme es! Lo conozco, es el mismo... Delante de mí está el cadáver del hombre que he muerto... ¡Permanece allí extendido... ensangrentado! ¿Por qué lo condujo aquí el destino? ¿Quién es? Acaso tenga una anciana madre. Por largo tiempo ella permanecerá a la puerta de su casucha, los ojos fijos hacia el muerto lejano, sin que vuelva su hijo querido, su único sostén...

¿Y yo? también... Me hubiera cambiado por él. ¡Qué feliz es! La bayoneta le ha entrado derecha al corazón... En su uniforme hay un gran agujero negro; alrededor, sangre. Yo soy el que ha hecho eso. Yo no quería hacer mal a nadie cuando peleaba. ¡La idea de que mataría un hombre, estaba lejos de mí! No sé cómo... Pensaba que iba solamente a exponer mi pecho a las balas. Y fui y lo expuse.

Después, ¡tonterías! ¡tonterías! Este desgraciado fellah — tiene uniforme egipcio —; tendrá tanta razón como yo. Antes de haberlo embarcado, como si fuera un areneque en un tonel, y llevado a Constantinopla, tal vez no habría ni siquiera oído nombrar a Rusia ni Bulgaria. Se le habría ordenado marchar y marchó. ¡Si hubiese rehusado lo hubieran golpeado o acaso un pachá lo hubiera muerto de un tiro! Ha hecho una larga y penosa marcha desde Stambul a Roustchouk. Nosotros hemos atacado y él se ha defendido. Pero cuando vió que nosotros éramos gentes de temer, que su fusil inglés, Pibodi y Martini, no nos causaba miedo, que íbamos siempre adelante, fué presa del terror, quiso escaparse, y entonces, un hombre pequeño, que él hubiera podido matar de un solo golpe dado con su puño negro, saltó sobre él y le hundió su bayoneta en el corazón.

¿Qué rencores tenía él? ¿Y qué rencores tenía yo?... ¿Por qué me tortura tanto la sed? ¡La sed! ¿Quién sabe lo que significa esa palabra? Cuando atravesábamos la Rumania, haciendo etapas de cincuenta versts, con un calor terrible de cuarenta grados, pasó lo mismo que estoy pasando ahora. ¡Ah! ¡siquiera alguien yñiese! ¡Dios mío! Pero seguramente ha de haber agua en esa enorme cantimplora. Solamente que necesito acercarme a él. ¡Y cómo me va a ser de peso esto! ¡No importa; llegará! Me arrastro. No puedo manejar las piernas; los debilitados brazos no pueden sostenerme para arrastrar mi cuerpo inerte.

Distan como cuatro metros hasta el cadáver; para mí es más que una docena de versts. Sin embargo, tengo que arrastrarme; la garganta me abrasa como si tuviera fuego. Mejor: sin agua moriré

más pronto. Es lo mismo; acaso... Me arrastro. Cada movimiento me produce un dolor atroz. Grito, aullido; pero me arrastro, a pesar de todo. Por fin, he aquí la cantimplora... hay agua adentro... ¡cuánta! Más de la mitad de la cantimplora me parece. ¡Oh! tendré agua para mucho tiempo... hasta la muerte!

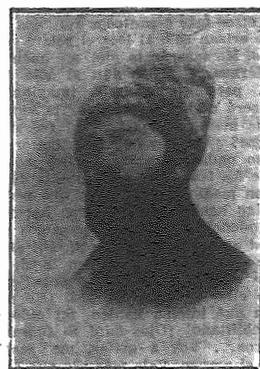
¡Tú me salvas, mi víctima! Empiezo a desatar la cantimplora, apoyado sobre un codo, y de pronto, perdiendo el equilibrio, caigo de bruces sobre el pecho de mi salvador. Un fuerte olor cadavérico se desprende ya de él. Bebo. El agua está tibia; pero no mala, y hay mucha. Viviré aún varios días. Recuerdo que la "Fisiología de la vida normal" dice que un hombre puede vivir sin alimento durante más de una semana, con tal que tenga agua. Se cuenta también la historia de un suicida que quiso morir de hambre y, sin embargo, vivió largo tiempo porque bebía. Bueno; está bien. Viviré cinco o seis días más. Pero; ¿a qué me conduciré esto? Los nuestros se han marchado; los bárgaros se han dispersado por todos lados. Ningún camino próximo. ¡Al fin, tenemos que morir! ¡Y no sería mejor concluir de una vez? Cerca de mi vecino veo un fusil, un excelente producto inglés. Me sería suficiente estirar el brazo y después... todo terminaría en un instante. Los cartuchos están desparramados; por tierra; no había tenido tiempo de usarlos todos. Pero, ¿será mejor concluir o esperar? ¿Qué? ¿Esperar que lleguen los turcos y me arranquen la piel de mis piernas heridas? Es mejor terminar por sí mismo. No; es preciso no perder el valor, voy a luchar hasta el fin, hasta el agotamiento completo de mis fuerzas. Si alguien me encuentra estoy salvado. Acaso los huesos estén intactos; me curarán. ¡Volveré a ver mi país, mi madre, Macha!... ¡Dios mío! ¿haceré que nunca sepan la verdad! ¿Que crean que he sido muerto de un tiro! ¿Qué será de ellas cuando se den cuenta de mis sufrimientos durante dos, tres, cuatro días!

¡La cabeza me da vueltas, el viaje que he tenido que hacer para llegar hasta donde está mi vecino me ha agotado! Y después, ¡este olor! ¡Cómo se ha puesto de negro!... ¿Qué será mañana o pasado? Ahora mismo, permanezco aquí porque no tengo fuerzas para arrastrarme más lejos. Cuando haya descansado preparé nuevamente hasta mi antiguo lugar; justamente el viento sopla de ese lado y me trae un olor nauseabundo.

Estoy acostado, en una postración completa. El sol quema; la cara y las manos me arden. Si al menos se hiciera más pronto de noche; me parece que ya ésta será la última.

Mis ideas se confunden, me adormezco. He dormido seguramente durante largo rato, porque cuando me desperté ya era de noche. Todo está lo mismo que antes, las heridas me duelen, el vecino está acostado, enorme e inmóvil. No puedo dejar de pensar en él. Es posible que yo haya rechazado todo lo que me era más querido, todo lo que amaba para ve-

ARON BARON



Deportado a Siberia por el zar. Consta que huir a América. Activó la propaganda anarquista en Chicago; editor del Alarm. Regresó a Rusia en 1917. Desde 1918 a 1920, miembro del secretariado del Nabat (confederación de organizaciones anarquistas de Ucrania). Hasta fines de 1920 en prisión. Víctima de la persecución especial del bolcheviquismo.

nir aquí: que sufra hambre, frío, y que está atormentado por el calor? ¿Es posible, en fin, que esté aquí torturado de este modo, únicamente para quitarle la vida y a este desgraciado? El muerto, el asesino... ¿quién? ¡Yo!

Cuando se me puso en la cabeza venir a combatir, mi madre y Macha, llorando, no pudieron disuadirme. Encoguéme por mi idea, no veía estas lágrimas, no comprendía — ahora sí — lo que hacía con estos seres tan queridos. ¡Pero vale la pena pensar en esto? No; no se debe recordar el pasado.

¿Cómo juzgarían este acto mis amigos? Pero ya estoy en camino para Kichinew; me dan una mochila y toda clase de atributos, marche con millares de hombres, entre los cuales muchos van por su sola voluntad como yo; los otros se hubieran quedado en su casa si se lo hubieran permitido. Sin embargo, marchan, lo mismo que nosotros, "conscientes"... Recorren millares de verstas y se baten como nosotros... o mejor. Cumplen con su deber, aun cuando hubiesen dejado todo y se hubieran vuelto si se les hubiera permitido.

Sopla un ligero viento fresco de la mañana; las estrellas palidecen. Es la aurora del tercer día de mi... ¿Cómo diré? ¿Vida? ¿Agonía?

El tercero... ¿Cuanto más aún? En todo caso, no muchos. Estoy muy debilitado y pienso que no podré alejarme del cadáver. Pronto estaremos en el mismo lugar y ya no seremos desgraciados el uno al otro. Es preciso beber. Beberé tres veces por día, a la mañana, al mediodía y a la noche.

El sol ha salido ya. Su enorme disco cortado y dividido por las zarzas está rojo como sangre. Parece que hoy hará calor... Vecino... ¿qué será de tí? Ahora ya está horrible; ¡sí; es horrible! Se le ha empezado a caer el cabello, su piel, negra por naturaleza, se ha puesto livida, amarillenta. Todo su cuerpo está hinchado monstruosamente. ¿Qué le hará hoy el sol? Permanecer acostado tan cerca de él es insostenible. Es preciso alejarme, cueste lo que cueste; ¿podré hacerlo? Puedo aún levantar el brazo, abrir la cantimplora y beber...; pero, ¿cómo haré para arrastrar mi cuerpo pesado, inerte? De todos modos, voy a tratar de avanzar, lentamente, aun cuando sólo sea un medio paso por hora.

Toda la mañana la pasé en esto. El dolor es grande; no me importa ahora. Ya no me acuerdo de nada, ni de las sensaciones que pueda experimentar un hombre sano; se diría que ya estoy habituado al sufrimiento. Esta mañana conseguí alejarme dos pasos y me encuentro, sin embargo, en el mismo sitio. Gocé poco tiempo de un aire más puro y fresco, si eso es posible a seis pasos de un cadáver en putrefacción. El viento ha cambiado de dirección y de nuevo me trae ese nauseabundo olor, tan fuerte que estoy enfermo. Me desespero y lloro...

Completamente quebrantado, atontado, he permanecido casi sin conocimiento. De repente... ¿no será una ilusión de mi imaginación enferma? Me parece que no... Sí, alguien habla. Ruido de cascos de caballos y de voces humanas. Quiero gritar, pero me detengo. ¿Si fueran turcos? ¿Y luego? A estos tormentos se añadirán otros más espantosos aún; los cabellos se erizan sólo al leer el relato en los diarios. Me sacarán la piel, me quemarán las piernas... ¡Pase aún si sólo fuera eso... pero tienen una imaginación! ¿Qué será mejor? ¿terminar la vida entre sus manos o aquí? ¿Y si fueran los nuestros? ¡Ah! esos malditos matorrales. No veo nada a través de ellos, sólo en uno de los lados hay una especie de ventana en medio de las ramas que permita ver algo hacia el valle. Debe haber ahí un pequeño arroyo; allí apagamos nuestra sed antes del combate. Sí, ahí está la enorme piedra colocada en medio del arroyo como un pequeño puente. Seguramente ellos pasarán por ahí. ¡No puedo oír en qué idioma hablan, mi oído está tan debilitado! ¡Dios mío! Si fueran los nuestros... Voy a gritar, me sentirán desde el arroyo. Vale más eso que arrojarse a caer en manos de los bachiboscus. Pero, ¿por qué tardan tanto en llegar? La impaciencia me angustia, ya no siento el olor del cadáver, a pesar de estar siempre en el mismo lugar.

De repente, veo a los cosacos en medio del puente! Los matorrales azules, las franjas rojas del pantalón, las banderas... Es una media escuadra. Adelante va un caballo soberbio, va un oficial de barba ne-

gra. Después que los hombres cruzaron el puente, le gritó:

— ¡Al trote, en marcha!

— ¡Deténeos, deténeos, en nombre de Dios! ¡Socorro, socorro, amigos míos!

¡Oh, maldición! Cansado, caigo de brucas y sollozo. La cantimplora se ha caído también y el agua se derrama. ¡Mi vida, mi sostén, mi salvación! Advierto esto cuando ya no queda en ella más que como medio vaso; el resto ha sido absorbido por la resaca y ávida tierra.

¿Puedo recordar el entorpecimiento que se apodera de todo mí ser después de este espantoso accidente? Permanezco inmóvil, con los ojos medio cerrados.

El viento cambia constantemente y me inunda de nuevo la fetidez del aire. Mi vecino se ha puesto este día espantoso; más allá de toda descripción.

Abro los ojos por un momento y lo miro: ya no tiene cara, sólo los huesos. La sonrisa espantosa del esqueleto, la sonrisa eterna, más horrible que nunca. Este esqueleto, de uniforme con botones de metal claro me consterna. — Esto es la guerra — pienso; — he ahí su imagen.

Y el sol sigue quemando y cociendo. Tengo las manos y la cara completamente quemadas. El agua que aún me queda la bebo. La sed me atormenta de tal modo que habiendo decidido beber sólo un trago, no puedo contenerme y la bebo hasta el fin. ¡Ah! ¿Por qué no llamé a los cosacos cuando estaban cerca de mí? Aun que hubieran sido turcos hubiese sido mejor. Después de todo me hubieran atormentado una hora, dos tal vez; pero, ¡ahora sé yo acaso lo que me resta de sufrimientos? ¡Mi madre! ¡Mi prometida! ¡Te arrancarás tus cabellos grises, te golpearás la cabeza contra las paredes maldiciendo el día en que nací, maldiciendo al mundo entero que inventó la guerra para desgracia de los hombres!

Pero ni tú ni Macha sabrán nunca mis torturas. ¡Adiós, madre; adiós, mi novia, mi amor!

¡De nuevo el perrito blanco! El chagador no tuvo compasión de él, le golpeó la cabeza contra la pared y lo arrojó a un pozo donde se depositaban las basuras y el agua sucia. ¡Y aún estaba vivo! Agonizó todo el día. Y yo aún más desgraciado que él, porque ya hace tres días que sufro. Mañana... será el cuarto, después el quinto, el sexto... Muerte, ¿dónde estás? ¡Ven! ¡Ven! ¡Llévame!

La muerte no viene, no me lleva, estoy acostado bajo el sol espantoso, no tengo ni un poco de agua para refrescar mi garganta ardiente y el cadáver me apesta; cuando de él no quedan ya más los huesos y el uniforme, entonces habrá llegado mi turno, entonces yo también estaré así.

El día pasa, la noche pasa. Siempre lo mismo. ¡Un día aún!...

Los matorrales se agitan con un dulce murmullo, cuchichean: "¡Concluye tu vida, tu vida!" Y los otros matorrales contestan: "¡He aquí la muerte!, ¡he ahí, ¡he ahí!"

— Pero es que no podíamos ver aquí — resuena una fuerte voz cerca de mí. Tiemblo, resucito. Detrás de las zarzas, los buenos ojos de nuestro sargento Yakovlev me miran.

— Las palas — grita; — aún hay dos aquí.

— No hacen falta palas; no me entierren; estoy aún vivo! — quiero gritar, pero sólo un débil gemido sale de mis resacas labios.

— ¡Dios mío! ¡Se diría que está vivo! ¡Señor Ivanov! ¡Eh, muchachos! ¡Vengan aquí, está vivo! ¡Llamen un médico!

Un instante después me dieron un trago de aguardiente. Después todo desapareció. La camilla avanza con un balanceamiento regular. Ese cadencioso movimiento me adormece. Tan pronto me adormesco como me despierto. Las heridas vendadas no me duelen; una inexplicable sensación de bienestar se extiende por todo mi cuerpo...

— ¡Alto! ¡A tierra! ¡La ambulancia de la cuarta, avance! ¡A las camillas! ¡Tómalo, levántalo!

Es Pedro Ivanovitch el que manda; un hombre alto, delgado y muy bueno. Es tan grande, que a pesar de ir mi camilla sobre los hombros de cuatro soldados de buena talla, alcanzo a verle su cabeza y su barba.

— Pedro Ivanovitch — dije en una especie de murmullo.

— ¿Qué quieres, querido amigo?

— Pedro Ivanovitch se inclinó sobre mí.

— Pedro, ¿qué te ha dicho el doctor? ¿Voy a morir pronto?

Evolución del movimiento obrero en Alemania

En lucha contra el partido social-demócrata. — Independencia ideológica de la F. V. D. G. (1906-1912)

(Continuación)

con el movimiento obrero en un solo cuerpo, como se hizo en España, en la América española, en la Italia de la primera Internacional, sino que acudían a la F. V. D. G. lo mismo que los partidos políticos, como un cuerpo extraño que tendía a ganar para sus ideas las fuerzas socialistas revolucionarias; eso provocaba resistencias y rivalidades, pero no contra las ideas anarquistas, sino contra los anarquistas que pertenecían a organizaciones específicas y querían defender en la F. V. D. G. los intereses de sus organizaciones y de su prensa. En la F. V. D. G. hubo anarquistas desde su origen y gozaron siempre de general estima, pero es porque trabajaban desde dentro de la organización por su avance incesante y no desde fuera, como miembros de otra asociación, por su conquista.

Uniones Centrales

Forma de organización: *centralista*. Dependencia de las organizaciones locales. El comité central administra el dinero. Las huelgas deben ser previamente anunciadas. El comité central puede obstaculizar o impedir las huelgas.

Los miembros son educados en la disciplina.

Las huelgas de las Uniones centrales son en su mayoría huelgas defensivas. Las Uniones defienden intereses corporativos.

Las Uniones centrales se basan en el sistema representativo. Las Uniones reclutan y conservan sus miembros debido a su socorro a los enfermos, a los desocupados, etc.

Las Uniones centrales aspiran a las reformas dentro del orden económico capitalista.

Las Uniones son partidarias de las huelgas parciales.

Las Uniones centrales (y el partido) aspiran a reformas militares.

Eso no impidió que en el órgano de la F. V. D. G. se reprodujeran artículos y fragmentos de trabajos de diversos escritores anarquistas, como Landauer y Domela Nieuwenhuis, por ejemplo.

En 1912 la F. V. D. G. publicó un folleto de 32 páginas con el título: *¿Qué quieren los localistas? (Was wollen die Lokalisten?)* En él se exponen claramente las ideas antiestatales, federalistas, anti-parlamentaristas, etc., de la F. V. D. G. Ha oposición a la socialdemocracia, que quiere conquistar el poder político, la F. V. D. G. quiere la emancipación social del proletariado. "Declaramos la guerra a toda dominación política y aspiramos tanto en el dominio económico como en el espiritual a la ausencia de autoridad" (pág. 8). He aquí cómo expresan su diferenciación de las Uniones centrales:

F. V. D. G.

Forma de organización: *federalista*. Independencia de las sociedades locales. Cada sociedad local administra su dinero. Cada organización tiene en todo momento derecho a la huelga.

Son los miembros que determinan por sí mismos desde el principio al fin de la huelga.

Los miembros son educados en la solidaridad.

Las huelgas de los localistas en su mayor parte son huelgas ofensivas.

La F. V. D. G. defiende intereses de clase.

La F. V. D. G. recomienda la acción directa.

La F. V. D. G. sólo reconoce cajas de socorro de huelga y de presos o perseguidos.

La F. V. D. G. no quiere la paz, sino la lucha contra el capitalismo.

La F. V. D. G. propaga la idea de la huelga general y de masas.

La F. V. D. G. combate profundamente el militarismo.

— ¿Qué dices, Ivanov? ¡Vamos! No morirás. Tus huesos no han sido tocados. Ni los huesos ni las arterias. ¿Pero cómo has hecho para resistir durante tres días y medio? ¿Qué has comido?

— Nada.

— ¿Y bebido?

— Tomé la cantimplora del turco. Pedro Ivanovitch, no puedo hablar ahora... Más adelante...

— ¡Bueno, duerme; que Dios sea contigo!

De nuevo el sueño, perdí la conciencia. Desperté en la ambulancia de división. A mí alrededor, médicos, hermanas de caridad y veo aún entre otros la cara conocida de un célebre médico de Petrogrado, inclinado sobre mis piernas. Las manos las tenía rojas de sangre; no permaneció mucho tiempo en esta posición, en seguida se levantó y me dijo:

— Bueno, joven; usted vivirá. Pero le hemos cortado una de sus piernas. ¿Puede usted hablar?

— Sí, puedo; y cuento lo que queda escrito.

VSEVOL GARCHINE



En noviembre de 1911 apareció un nuevo órgano de la F. V. D. G., *Der Pioneer*, socialista revolucionario. El nuevo periódico aparecía los miércoles y *Die Entsigkeit* los sábados. *Der Pioneer* fue reservado para la propaganda teórica; sus colaboradores más notables procedían del campo anarquista.

Desde el 18 al 18 de mayo de 1912 se celebró en Magdeburg el 19º congreso de la F. V. D. G. La cifra de los miembros representados señalaba algunos progresos, pero no alcanzaba a 10.000; *Die Entsigkeit* contaba con más de 8.000 suscriptores, *Der Pioneer* más de 5.000. El congreso no revela ya la más leve inclinación hacia la socialdemocracia; ni una sola voz vuelve por los fueros del partido. Se constatan contiendas internas entre los anarquistas y la F. V. D. G., pero esos conflictos los calificó perfectamente Kater con estas palabras: "Nuestra lucha no se dirige contra el anarquismo, contra la filosofía, la más alta aspiración de la humanidad, que comprende todo lo bueno, lo noble y lo bello. ¿Quién está entre nosotros contra el anarquismo? La lucha es contra los que se dicen anarquistas y que abusan del nombre del anarquismo, y en parte lo perjudican, contra personalidades individuales del movimiento. ¿No estamos bien cerca de la vía del anarquismo? No importa. Nos hemos acercado a ellos de todas las maneras. Echad una ojeada al 7º congreso en Wilkesstrasse en Berlín. Antes se decía siempre que los anarquistas vendrían a nosotros; si desaparecían las palabras "conquista del poder político" de nuestro programa. Nos hemos hecho desaparecer, hemos abierto las puertas, ¡vendid! ¡Queremos arruinar las fortunas de los señores! ¿Qué sucedió? La gran mayoría quedó al margen..." (véase *Proletariat*, Berlín, 1912, págs. 42-43).

Anarquistas declamados, como Goethe, combatían también a los anarquistas que no querían reconocer el movimiento sindical y que sin embargo trataban de obstaculizarlo por todos los medios. Un he-

Los últimos días de Tolstoy

RELATO INÉDITO DE SU HIJA ALEJANDRA

II

TOLSTOY REHUSA VOLVER AL HOGAR CONYUGAL — CARTA A SU MUJER — PROSIGUE SU ODISEA — PRIMEROS SINTOMAS DE LA ENFERMEDAD — FORZOSA DETENCION EN ASTAPOVO.

He aquí las dos cartas que mi padre había enviado; las recibí más tarde en Astapovo. Estas cartas revelan el estado de alma de mi padre posteriormente a su partida de Yasnaia-Poliiana.

"28 de octubre de 1910 Estación de Kozelsk.

"Hemos llegado aquí sin contratiempos y en perfecta salud, querida Sacha. ¡Ah! si ocurriera lo mismo entre vosotros! Son las siete y media; pasaremos la noche en este lugar, y mañana, si vivo aún, iremos a Schamardino. Trato de estar tranquilo; confieso que siento la misma inquietud que antes, que me hace creer que sobrevendrán acontecimientos muy penosos; pero ya no experimento esa vergüenza, ese malestar, esa ansia de libertad que me ahogaba siempre en casa.

"Tuvimos que viajar en tercera clase desde Gorbachev, lo cual fué bastante incómodo, pero moralmente beneficioso e instructivo. En el camino comí bien, tomamos té y luego fuimos a dormir; mejor dicho, nos esforzamos por dormir. En lo que a ti te concierne no decidí nada hasta no recibir noticias tuyas. Escribe a Schamardino; envía también allí los telegramas si hay algo urgente. Dile a Batia, (1) me escriba y que leí con apremio el pasaje marcado en su artículo; quisiera leerlo, que me lo mande. Dile a Varia que le agradezco como siempre su afecto por tí, y que espero sabrá mitigar tus arrebatos. Te suplico, querida mía, escríbeme pocas palabras, pero claras y firmes. Los libros que he comenzado a leer son de Montaigne y el segundo tomo de Nicolaiev (2).

"Hazle presente a Vladimir Nicolaievitch (3) que es muy grande mi satisfacción por lo que ha hecho, pero que también estoy muy ansioso. Trataré de escribir los asuntos que voy concibiendo y las obras que vaya madurando. Prefiero durante algún tiempo no encontrarme con él. Tchertkov me comprenderá como siempre. Adios, mi palomita, te abraza

L. T.

"Mándame también las tijeras, los alfileres y mi traje de entre casa".

21 de octubre de 1910
Optina Poustyne (4).

"Sergueienko (5) te contará todo lo que a mí concierne, querida Sacha. Esto me apena; me es imposible no sentir un inmenso peso. Lo esencial es no pecar y en ello reside mi aflicción. Naturalmente he pecado y pecaré aún, pero procuro que esto suceda lo menos posible; es lo que sobre todo y ante todo te deseo también a ti. Tanto más al saber que te ha tocado una terrible misión y temo que tu joven energía no pueda soportarla.

"Nada he decidido todavía, ni quiero tampoco decidir nada. Trato solamente de hacer lo que no puedo dejar de hacer y de no hacer lo que no me es dable realizar. En mi carta a Tretkov aclaré, como como pienso, sino como siento. Espero mucho de la buena influencia de Tania y de Serioja...

(1) Sobrenombre de Vladimir Grigorievitch Tchertkov.

(2) Esta obra se titula: "La idea de Dios como principio perfecto de la vida".

(3) Tchertkov.

(4) Nombre del convento, que se podría traducir "soledad o retiro de Optina".

(5) Alexis Petrovitch Sergueienko, secretario de Tchertkov, que fué a ver a Tolstoy a Optina de parte de Tchertkov.

(Veintidós líneas saltadas). (6).

"No me ocultó a tí. No te hago venir todavía, pero lo haré tan pronto como me sea posible; muy pronto, sin duda. Escríbeme acerca de tu salud. Te abraza

"L. Tolstoy.

"Partimos ahora para Schamardino. Douchan se prodiga, y yo, físicamente me siento muy bien".

Se ve por el tenor de esas cartas que mi padre no podía y no quería retornar a Yasnaia-Poliiana; de ahí que la misiva de nuestros allegados le fuesen particularmente penosas, en razón del descontento que en ellas flotaba por haber abandonado a mi madre.

No puedo volver y no retornaré a ella, me repetí. Tenía la intención de permanecer aquí y hasta pensé aquillar una isba; en fin, no es necesario hacer proyectos por anticipado.

Parecía inquieto y triste; era evidente que estaba apenado por mi relato y las cartas. Comprendí que si el lugar de su estada se ignoraba aún, bien pronto sería descubierta, y que no se le dejaría en paz.

Tomábamos el té silenciosamente en casa de mi tía Macha, invadidos por vaga ansiedad.

—¿Podrías, pues, deplorar lo que has hecho, o acusarte si algo le ocurriera a mi madre, pregunté?

—No, por cierto, repuso. ¿Puede el hombre lamentarse de algo si no ha podido obrar en otro sentido? Pero si le aconteciera algo, yo sería muy, muy desdichado.

Tía Macha comprendía perfectamente el estado de mi padre y simpatizaba profundamente con él.

—Que Levotchka (7) parta. En el caso que Sonia (8) llegara aquí, yo no la recibiría, dijo con acento firme y decidido.

—Mi padre no permaneció mucho tiempo; levantóse, se despidió de tía Macha e iba a salir.

—¿Partirías mañana, Levotchka, sin decirme adónde demandó tía Macha.

—No, no; la noche es buena consejera, repuso mi padre; mañana veremos.

—Te lo ruego, no partas sin verme, repetí mi tía.

—No, no; necesito reflexionar bien sobre todo, — respondió mi padre, pensando evidentemente en otra cosa, y salió.

Entonces, tía Macha nos hizo aproximarse a Douchan Petrovitch y a mí y nos rogó le avisáramos sin falta en el caso que Tolstoy decidiera partir por la mañana, fuese la hora que fuere. Nosotros se lo prometimos y fuimos a reunirnos con mi padre. Elisabeth Obolensky nos acompañó.

Al entrar en el hotel, mi padre manifestó el deseo de quedar solo.

Sintiendo mucho calor, abrió los cuarterones y se puso a escribir cartas.

En cuanto a mí y a Varia, fuimos al cuarto de Douchan Petrovitch, abrimos la guía y el mapa del ferrocarril y discutimos nuestro eventual itinerario. Me di cuenta que las noticias por mí traídas habían inquietado a mi padre que podría ocurrírsele la idea de irse mucho más lejos de lo que pensaba.

Los cuarterones abiertos en su cuarto me inquietaban. Dos veces fui a pedirle permiso para cerrarlos.

—No, déjalos; tengo calor, respondiome a cada petición.

Escríbme, y era evidente que mis entradas en la habitación le molestaban, interrumpiendo sus pensamientos.

Algo más tarde rogué a Douchan Petrovitch fuera a ver a mi padre, pero éste

(6) Estas líneas, suprimidas por la condesa Alejandra y que me son conocidas, contienen recriminaciones contra la mujer de Tolstoy.

(7) Diminutivo de Lev o León.

(8) Diminutivo de Sofía.

supléceme le dejara tranquilo. Transcurrida una media hora, penetré en nuestro cuarto llevando una carta.

—He escrito a mamá, dijo. Envía la carta por el próximo correo.

He aquí lo que había escrito:

"21 de octubre de 1910.

"Una entrevista entre nosotros, y me nos aún mi regreso, son absolutamente imposibles en este momento. Sería para tí — todo el mundo lo afirma — nocivo en sumo grado; para mí sería terrible, pues a consecuencia de la excesiva irritación de tu estado enfermizo, mi situación se haría peor aún.

"Te aconsejo, pues, que te conformes y resignes con lo que ha sucedido, acostumbándote a tu nueva situación temporaria, y sobre todo que te cuides.

Si, como supongo, me amas y no hay odio alguno contra mí, deberías por lo menos considerar mi estado. Y, si lo hicieras, lejos de acusarme, tratarías de ayudarme para que encontrase esa paz, esa posibilidad de una existencia humana cualquiera; si realizaras — un esfuerzo, comprenderías que sinceramente tú no deseas mi regreso.

"Tu estado actual, y tus tentativas de suicidio, muestran evidentemente la ausencia de todo dominio sobre tí misma, de lo que se desprende, precisamente, la imposibilidad de mi vuelta.

"Para evitar los sufrimientos de tus allegados, así como también los míos, y sobre todo los tuyos, nada más indicada que tú para remediarlos. Trata de concentrar toda la energía, no para que todo se haga según tu deseo — mi retorno, en este momento — sino para hallar tu propio reposo, la calma de tu espíritu, y ya verás que todo terminará.

"He pasado dos días en Schamardino y en Optina; vuelvo a partir. Te enviaré otra carta en el curso del viaje. No te digo a dónde voy, porque estimo necesaria nuestra separación, tanto para tí como para mí. No supongas que he partido porque no te ame. Te amo, me apasióna de tí con toda mi alma, pero no podía obrar de manera distinta a la que he obrado.

"No dudó ni por asomo que tu carta es sincera (9); pero no eres capaz de obrar como hubieras querido. Y lo esencial no está en la realización de tus deseos y tus exigencias, sino en el restablecimiento de tu equilibrio, en el esfuerzo de vivir la vida con calma y con juicio. Ahora bien, mientras esto no acontece, mi vida a tu lado es inconcebible. Volver a tí, que te hallas en semejante estado, equivaldría para mí a un renunciamiento total de la vida, y no puedo ni tengo derecho a hacerlo.

"¿Adiós, mi querida Sonia, que Dios acuda en tu auxilio! La vida es algo serio, y no es posible rechazarla por puro capricho ni tampoco nos está permitido hacerlo, ni es muy razonable medir por la duración del tiempo. Es posible que los meses que nos restan de vida sean más importantes que todos nuestros años vividos, y convendría vivirlos razonablemente.

L. T."

Estábamos alrededor de la mesa y examinábamos el mapa. Los cuarterones estaban abiertos y yo hice un movimiento para cerrarlos.

—No cierres, dijo mi padre; hace calor. ¿Qué estás examinando?

—El mapa, dijo Douchan Petrovitch... Cuando se viaja, es menester saber a dónde se va.

—Veamos, mostrad.

Inclinados sobre el mapa comenzamos a consultarnos sobre la meta del viaje. Aprovechando ese momento cerré sin ruido los cuarterones. Mi padre se ahogaba de calor; se hubiera fácilmente constipado.

Proyectamos ir hasta Novotcherkassk, detenernos allí en casa de Elena Deniszenko (hija de tía Macha), tratar de conseguir la ayuda del marido de Elena, para obtener pasaportes hacia el extranjero, y, en caso de éxito, partir rumbo a Bulgaria. En caso contrario, ir al Cáucaso, para residir entre los correligionarios de Lev Nikolaievitch.

Insistentemente, fuimos o arrastrados por nuestros planes, discutiéndolos con animación.

—Basta ya, dijo mi padre. Es inútil hacer proyectos y preparar planes; mañana ya veremos lo que decidiremos.

De pronto pareció que experimentaba disgusto por haber hablado, por haber si-

(9) Carta hasta ahora desconocida.

cho desagradable es que una gran mayoría de los anarquistas que combatían a la F. V. D. G. eran miembros de las Uniones centrales reformistas y sólo pensaban en la F. V. D. G. como los actuales comunistas, para hacerla servir a sus fines. Había muy pocos que supieran apreciar la significación del movimiento obrero revolucionario. Hoy mismo, que la F. A. U. D. se declara en su programa anarquista y realiza una propaganda de organización y de educación anárquica, existen en Alemania anarquistas que la combaten; pero se constata bien pronto que no obedecen más que a la rivalidad de intereses, no a diversidad de opiniones fundamentales.

El 10º congreso aprobó una resolución del compañero Winckler que comienza así: "Las organizaciones agrupadas en la F. V. D. G. propagan la lucha de clases, la lucha de los proletarios contra la clase de los explotadores. El fin de la lucha es la abolición del orden social capitalista, la supresión de todas las clases y la creación de una sociedad sin gobierno, un orden basado en la producción y el consumo comunista...". En la misma resolución se recomienda a la comisión administrativa que dé los pasos necesarios para la convocación de un congreso internacional de los sindicalistas revolucionarios.

D. Abad de Santillan

(o)

Los números cantan.

En los países burgueses, dicen los entendidos en la materia, que los números cantan... La aritmética burguesa ha de ser nomás muy armoniosa y saludable, pues bien gordos y coloraditos que están sus cultores... No obstante lo bien que les va y lo satisfechos que se sienten los burgueses con la música de la aritmética, son tan rutinarios y torpes estos infelices en el manejo de los números, que ya todo el mundo les conoce el pentagrama. No pasa lo mismo con los números en el país del "proletariado", en la Rusia bolchevista. La aritmética marxista hace que los números bailen, vuelen y se esfumen... Una verdadera revolución en la aritmética. Con semejante método estratégico, los números cantan... pero los rublos se esfuman, vuelan; y si en teoría 2 más 2 suman 4, en la práctica o en el hecho no pasa lo mismo. La estrategia bolchevista en asuntos de contabilidad es de una elocuencia sorprendente. En la Rusia "comunista" las cuentas están en orden, es decir, cuentan los números, pero los rublos vuelan, no aparecen por ninguna parte. He ahí el método de la aritmética roja; cuanto más claras y en orden estén las cuentas de los funcionarios bolchevistas, menos probable es que los rublos respondan a los números, por más alto que canten...

He aquí lo que dice "El Trabajo", órgano del Soviet Central de los Sindicatos Profesionales de Rusia, y "La Miseria", otro órgano de los sindicatos rusos:

"En el sindicato de productos químicos, por ejemplo, algunos días antes de ser descubierto el desfalco en los fondos sociales, los revisadores habían encontrado las cuentas en orden... En otro sindicato no se pudo descubrir la malversación, a pesar de declarar el culpable que había gastado una cantidad de dinero en beneficio propio". "En una estación ferroviaria fué malversado dinero, pero nada se descubrió, hasta que la propia esposa del "gastador" lo denunció a los investigadores"... ¿Qué tal cantan los números? No cabe duda que la aritmética bolchevista es revolucionaria. ¡Como que se ha propuesto destruir el capital... aje no quedándose con él!

Pero he aquí un telegrama sugerente: "Riga 16. — Los gobernadores de Podolsk y Velina solicitaron a Moscú elementos para combatir a un ejército de ratas que ha infestado la región de Karlof". En Rusia hasta las ratas forman su ejército... ¿Cuándo se decidirá el proletariado ruso a terminar con las ratas bolchevistas?

A

ia
de la

rgano de la
ercos escri-
auer y Do-
o.

có un folle-
¿Qué quie-
en die Lo-
clarmente
alistas, an-
a F. V. D.
democracia,
er político,
cipación so-
mos la gue-
ca y aspira-
ómico como
a de autori-
expresan su
centrales:

eralista.
des locales.
su dinero.
do momen-

inan por sí
fin de la

la solida-

n su mayor

eses de cla-

cción direc-

cajas de so-

q persegui-

paz, sino la

a de la huel-

fundamente

apareció un

G. Der Pro-

El nuevo

ércoles y Die

Pionier fué

nda teórica;

des procedían

vo de 1912 se

congreso de

los miembros

ganos progre-

1.000; Die Et-

de 3.000 sus-

de 5.000. El

más leve im-

muercracia; ni

os fueros del

tiendas inter-

la F. V. D.

calificó per-

as palabras:

do, amestrado por nosotros a construir planes, olvidando su regla favorita: no vivir sino en el presente.

—Tengo hambre, dijo. ¿Qué podría comer?

Habíamos llevado sémola de avena, hongos secos, buenos, una cocinilla a alcohol, y le cocinamos rápidamente su plato de sémola. Comió con apetito, elogiando nuestro arte culinario. No se habló más de la partida. Solamente mi padre suspiró profundamente varias veces y, como le contemplara con mirada interrogadora, respondió:

—Esto me apena mucho.

Mi corazón se oprimía observándolo: estaba tan triste, tan inquieto! Hablaba poco, suspiraba, y se fué a dormir muy temprano.

Cada uno de nosotros ganó a su vez su respectivo cuarto y, como estuvieramos muy fatigados, nos dormimos profundamente.

Hacia las cuatro de la mañana golpearon a mi puerta. Me levanté a prisa y fui a abrir. Lo mismo que días antes, apareció mi padre con una buja en la mano. Estaba vestido, pronto para salir.

—Vístete rápidamente, partimos al instante, dijo. Ya he comenzado a empaquetar mis cosas, ven a ayudarme.

Había dormido mal, perturbado por la posibilidad de que se descubriera su retiro. En seguida despertó a Douchan Petrovitch; y le mandó buscar al cochero, quien, por lo que pudiera acontecer, pernoctó en la aldea.

Recordando la promesa que había hecho a tía Macha, le avisé sin demora. Cuando Douchan Petrovitch volvió, noté que los cocheros, viéndonos en actitud de espera, se acercaban con sus vehículos; pero aquel que había venido con nosotros no llegaba; rogué entonces a mi padre que partiera sin aguardarnos. Estaba muy agitado y terminó por decidirse a partir sin esperar a tía Macha y Elisabeth Obolensky, a quienes dejó esta carta:

"Convento de Schamardino, 31 de octubre de 1910, 4 h.

"Mis queridas amigas Machenka y Lizanka. No os asombréis ni me guardéis odio por alejarme sin despedirme de vosotros tal como hubiera sido mi deber. No sabría cómo expresar a ambas, a ti sobre todo, mi pequeña Machenka, todo mi reconocimiento por tu amor y la participación que has tenido en mi prueba. A pesar del cariño que tuve siempre por ti, no recuerdo haber sentido ternura más profunda hacia ti persona como la que experimenté en estos días. Hemos partido de manera tan inesperada porque temo ser sorprendido aquí por Sofia Andréievna. Ahora bien, sólo hay un tren, el de las siete. Perdóname si me llevo tus libros y el *Circuito de lectura* (10). He escrito a Tchertkov que te envíe otro ejemplar del *Circuito de lectura* y el libro *Para cada día*. En cuanto a tus libritos te los devolveré (11). Os abraza, queridas amigas mías, y os ama de todo corazón.

L. T."

Unos minutos después de la partida de mi padre y de Douchan Petrovitch, llegó en coche tía Macha.

—¿Dónde está Levotchka?

—Ha partido.

—¡Ah! ¡Dios mío, Dios mío, sin decirnos adiós! Está bien, no hay nada que hacer... ¡con tal que él se sienta bien! Sentóse sobre la escalinata. Todos se callaron.

—Si Sonia llegara, yo sabría acogerla, dijo suspirando.

Estaba muy triste, pero serena de espíritu y únicamente pensaba en el bienestar moral de Lev Nikoláievitch.

Nuestro coche no terminaba nunca de llegar.

(Después de prolongada espera las dos muchachas optaron por alquilar una simple carreta y lograron arribar a tiempo a la estación).

(10) Título de una colección de pensamientos de hombres prominentes de todos los siglos y de todos los países, reunidos por Tolstoy bajo la forma de calendario, en el que cada día del calendario estaba marcado por un pensamiento.

(11) Se trata de una colección semejante, dividida en treinta cuadernillos, intitulada "El camino de la vida" el último compuesto por Tolstoy.

"Al acercarnos a Kozelsk, divisamos delante nuestro dos coches y, a un tiempo, el tren que se detenía en la estación. Sabíamos que se trataba de nosotros y tuvimos apenas el tiempo necesario de acomodar los equipajes. Mi padre estaba siempre ansioso y febril.

—Si no hubiésemos llegado a tiempo, yo no hubiera partido sin vosotros y os habría esperado en un hotel, me dijo.

Personas curiosas no cesaban de sentarse ya al lado de Varvara Mikhallovna, ya a la vera de Douchan Petrovitch, y acercándose a mí:

—¿Quién viaja con vosotros? ¿Tolstoy? ¿Y a dónde va?... Et sic de ceteris...

Mi padre acostose en un compartimento aislado de un pasajero nos cedió. Cuando le preguntábamos por su salud, nos respondía que estaba fatigado, pero que se sentía bien. Me pidió un diario. Al detenerse el tren en la próxima estación, le compré varios. Su lectura le afiligró.

—Ya se sabe todo; los diarios están llenos de noticias sobre nuestra partida, dijo.

Nos rogó le cubriéramos con su manta de viaje y trató de dormir. Yo me retiré al vagón común de los pasajeros. Estos leían los diarios y conversaban acerca de la partida de León Tolstoy de Yasnaia Poliana.

Frente a mí estaban sentados dos jóvenes cuya elegancia era de muy mal gusto. Sus palabras me hicieron sufrir, por el modo grosero en que comentaban el acto de Lev Nikoláievitch.

—Valiente hazafia la del viejo, dijo uno de ellos. Esto no le agrada, seguramente, a Sofia Andréievna. ¡Y se ha escapado en plena noche!

—He ahí la recompensa que obtiene la mujer por haberse cuidado toda su vida, dijo otro. Evidentemente esas atenciones no eran muy cariñosas...

Pero bien pronto supieron que Tolstoy ocupaba el compartimento vecino y se quedaron silenciosos, completamente confusos. La noticia de que Tolstoy viajaba en el mismo tren propagóse por los vagones con la rapidez del rayo.

Más de una vez, curiosos trataron de introducirse en el compartimento de mi padre, pero yo rechazaba con brusquedad esas visitas. Por su parte, los guardas también apartaban a los impertinentes.

Mi padre despertose y pidió de comer. Hice cocer sobre mi estufilla la sémola y Lev comió con mucho apetito. En seguida concibió el sueño otra vez. Pero hacia las cuatro de la tarde solicitó se le tapara, diciendo que tenía escalofríos. Al principio no nos inquietamos, pues hacía fresco en el vagón. Le hablamos tapado con su casaca, la manta de viaje y una capa, pero sentía que los escalofríos eran más frecuentes, sobre todo en la espalda. Douchan Petrovitch tomó la temperatura: el termómetro marcó 38°1.

Nunca sentí una inquietud tan penosa durante nuestra peregrinación como esta vez. Mis piernas cedieron, sentéme en el banco de enfrente y repetí maquinalemente: "¡Señor, socórrenos, auxíllanos... sálvanos!

Viéndome en ese estado, mi padre me tendió la mano y dijo, oprimiéndola:

—No te inquietes, Sacha; todo va bien, muy bien.

En Gorbachov salté a la plataforma del vagón. Un señor con anteojos interrogaba en ese momento al guarda para saber si Tolstoy se encontraba en el tren, y habiéndome recibido una respuesta afirmativa, subió al vagón. Pero no fué el señor de anteojos el que atrajo nuestra atención. Habíamos notado la presencia de otro hombre que ya estaba en él y que durante nuestro viaje se paseaba a lo largo del vagón. Sus facciones y su bigote tenían algo de singular; pronto notamos que cada vez que aparecía llevaba un traje distinto: ya en uniforme de empleado de ferrocarril, ya en civil.

Uno de los conductores me comunicó misteriosamente que ese hombre cuando supo que Lev Nikoláievitch se encontraba en el tren, había enviado un telegrama de la estación Gorbachov al gobernador de Tula. Comprendí que la policía nos vigilaba.

En tanto, la temperatura de mi padre subía siempre. Hicimos té y se lo ofrecimos mezclado con vino tinto; pero no le produjo ningún efecto: los escalofríos continuaron.

Me sería imposible describir la angustia que nos invadió. Por primera vez en

mi vida tuve la sensación intensa de la horfandad, y ahorré la familia y el hogar. Nos hallábamos en un vagón de segunda que apestaba a humo de tabaco, rodeados de extraños y sin ningún rincón donde refugiarnos con un anciano enfermo.

Habíamos dejado atrás a Dankov y nos aproximábamos a una gran estación. Era la de Astáptovo. Douchan Petrovitch desapareció y, un cuarto de hora más tarde, volvió acompañado de un señor vestido con uniforme de ferrocarril: era el jefe de estación. Nos ofreció un cuarto en su casa, donde podría acostarse el enfermo, y decidimos quedarnos. Mi padre levantose, le ayudamos a vestirse y, sostenido por Douchan Petrovitch y el jefe de la estación, salió del vagón.

Al descender, encontramos a mi padre sentado sobre el canapé de la sala de espera para señoras, con el sobretodo puesto y su bastón en la mano. Temblaba de al cabeza a los pies y sus labios movíanse apenas. Como le propusiera se acostase sobre el canapé, respondió rehusando. La puerta de la sala estaba cerrada y una multitud de curiosos se apretujaba, aguardando la salida de Lev Nikoláievitch. A cada momento damas curiosas se introducían subrepticamente en la sala, se excusaban, arreglaban su tocado ante el espejo y se alejaban.

Douchan Petrovitch, Varia y el jefe de estación, fueron a preparar el cuarto. Después nos vinieron a buscar; tomaron nuevamente a mi padre en brazos y se le condujo. Cuando pasamos ante la multitud, todos los hombres se descubrieron y mi padre respondió:

En el cuarto ofrecido por el jefe de la estación, que éste utilizaba como salón, se había ya colocado, arrimada a la pared, una cama, y Varia y yo nos aprestamos a prepararla. Mi padre esperaba y, aunque abrigado con una pelliza, todo su cuerpo era sacudido por temblores. Cuando el lecho estuvo listo, le propusimos se desvistiera y se acostara; pero rehusó, diciendo que no podía hacerlo antes que todo estuviese pronto para la noche, como era costumbre en casa. Desde que comenzó a hablar dime cuenta que se hallaba en ese estado que precede al desvanecimiento, y que ya había observado varias veces cuando aún no pensaba en huir. En esos momentos, perdía la conciencia, deliraba, pronunciaba palabras ininteligibles. Se creía evidentemente en su casa, y se asombraba que las cosas no estuvieran arregladas conforme a la costumbre.

—No puedo acostarme; preparad todo como siempre. Poned la mesita de noche al lado de la cama, y la silla...

Cuando se le satisfizo, solicitó se colocara sobre la mesita una buja, fósforos, su diccionario, la linterna eléctrica. Realizado su deseo, le rogamos de nuevo se acostase y volvió a rehusar. Comprendimos que la situación era muy seria y que podría de un momento a otro perder el conocimiento como en las precedentes ocasiones. Douchan Petrovitch, Varia y yo comenzamos a desvestirlo poco a poco sin pedirle su consentimiento y le llevamos, casi, al lecho.

Yo me senté a su lado; un cuarto de hora más tarde, su brazo y su pierna izquierda comenzaron a agitarse convulsivamente. Lo mismo ocurrió con la parte izquierda de su cara. Nos asustamos. La situación se hacía muy angustiosa y esperábamos por momentos un desenlace fatal.

Rogamos al jefe de la estación hiciera llamar al médico del lugar para que ayudase a Douchan Petrovitch.

Dieron a mi padre un vaso de vino fuerte. Se le hizo un enema. El no decía nada y solamente gemía. Su rostro palideció y las convulsiones, aunque muy débiles, continuaron. Hacia las 9 de la noche experimentó leve mejoría. Mi padre continuaba gimiendo, pero su respiración era regular, suave.

El médico de la estación, enfermo también, a duras penas pudo venir en auxilio nuestro; pero su presencia era visiblemente reconfortante para Douchan Petrovitch, puesto que disminuía su responsabilidad.

Al despertar, mi padre recobró la conciencia. Habiéndome acercado sonríome y preguntó con simpatía:

—¿Y bien! ¿Sacha?

Las lágrimas pugnaban por asomar a mis ojos y temblaba mi voz.

—Anda, no te desesperes, puesto que estamos juntos.

En el transcurso de la noche, su estado mejoró más aún. La temperatura bajó rápidamente y Lev Nicoláievitch durmió bien.

Está demás decir que ninguno de nosotros desviésemos y permanecimos por turno al lado del enfermo, vigilando cada uno de sus movimientos. A media noche llaméme y dije:

—¿Qué opinas? ¿Podremos continuar mañana el viaje?

Repuse que a mi parecer era imposible y que en el mejor de los casos nos sería necesario esperar todavía un día. Suspiró profundamente y no contestó nada.

Sufriendo como sufría en esos momentos, moral y físicamente, no cesaba de pensar en los otros.

—¡Eh! ¿por qué os quedáis ahí? Deberíais acostaros, dijo varias veces dirigiéndose ya a uno, ya a otro de nosotros.

A veces deliraba en su sueño, y en cada ocasión su delirio expresaba el temor de no poder huir más lejos.

—Huir... huir... Nos van a sorprender.

Nos había rogado no diéramos a conocer a los diarios su enfermedad y en general que no se hiciera ninguna comunicación a ese respecto a nadie. Yo le tranquilicé.

ALEJANDRA TOLSTOY
(Continuad)

actividades electorales

Mirbeau, el autor de "Los malos pastores", decía hace muchos años que se necesitaba un Charcot para que pudiese analizar la idiotez inenarrable del elector que, mediante su voto, elige la tranca que le sacudirá la espalda.

Es verdad; la mascarada política es de las más torpes comparas, que ni durante los carnavales podrían engañar a nadie.

Y desgraciadamente, a pesar de lo burdo de la comedieta política, hay todavía gente que espera algo de la panacea parlamentaria. ¡Pobres criaturas, eternamente engañadas y eternamente crédulas!

No les basta los incesantes desengaños, no les basta comprobar su constante miseria, así gobierne Ticio o Cayo, así elija el diputado fulano o zutano, porque su tremenda e inconsciente estupidez es irreductible.

Pero hemos de confesar que, lentamente, muy lentamente, el excepticismo por la acción parlamentaria, gana las masas.

En Norte América actualmente, las respectivas tendencias políticas conquistan los votos a golpes de dólares. En la campaña presidencial que están realizando los partidos demócratas y republicanos, han gastado respectivamente 750.000 y tres millones de dólares.

Y a La Follete, por su parte, le costarán los gastos de propaganda 250.000 dólares.

Estas cosas no suceden solamente entre los yanquis, sino en todas partes donde existe el parlamentarismo, plaga que en un futuro muy cercano será recordada como nosotros recordamos el Gliptodonte o el Plesiosaurio: es decir, como una institución anacrónica, que hizo daños incontables, embruteciendo y esclavizando a una muchedumbre de seres mediante la promesa de un nirvana que nunca llega.

Y aquí mismo, cuando se inician los carnavales políticos ya vemos los despilfarros que hacen los candidatos.

Es que toda esa plata ya se la cobrarán con creces, con intereses de mil por cien. Si no estuviesen seguros que ese que realizan es un pingüe negocio, ninguno presentaría su candidatura.

Y nos imaginamos cuántas porquerías, cuántos fraudes, cuántos negocios dolosos y cuántas coimas perpetran y deberán extraer de todas partes para que los candidatos norteamericanos recuperen con creces los millones que gastaron.